

F. G. Dumas & L. de Fourcad
“Revista de la Exposición Universal en
París en 1889”

Barcelona: Montaner y Simón
Editores, 1889

- Las exposiciones universales pp. 9-16
- El arte contemporáneo pp. 20-26
- Las exposiciones universales pp. 37-44
- Los pabellones de los nuevos mundos pp. 514-522
- Resumen general pp. 573- 575



BIBLIOTECA



FONDO
A. B. PÚBLICA DEL ESTADO

Ernesto García.

REVISTA

DE LA

EXPOSICIÓN

UNIVERSAL DE PARÍS

(1889)

606 (44)



REVISTA
DE LA
EXPOSICIÓN

UNIVERSAL DE PARÍS

EN

1889

F. G. DUMAS
DIRECTOR



L. DE FOURCAUD
REDACTOR-JEFE



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

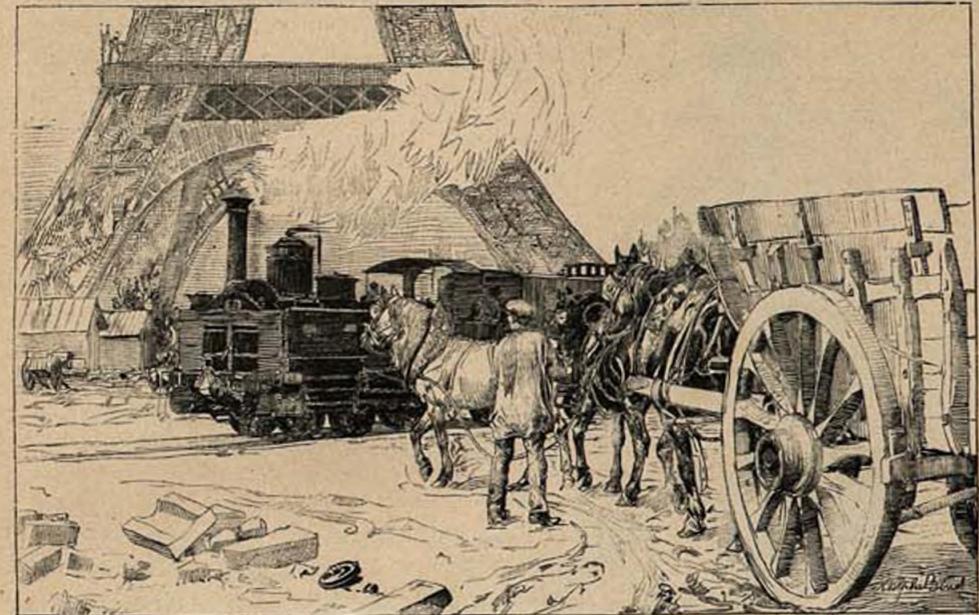
1889

El transporte durante los trabajos

Los transportes durante los trabajos

Los transportes durante los trabajos

Los transportes durante los trabajos



Los transportes durante los trabajos

LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES



UNA Exposición universal en el estado de civilización en que nos encontramos, en nuestro mundo tan profundamente renovado de dos siglos á esta parte por el doble esfuerzo de la filosofía y de la ciencia, á fines del siglo XIX, que ha visto tantas ruinas, pero también tantos ensayos, tantos descubrimientos, tan misteriosas florescencias y manifestaciones tan grandiosas; una Exposición universal, que concentra por cuarta vez en París las fuerzas vivas del Universo, es una empresa tan vasta y tan atrevida, tan liberal y de tanto alcance, que no podría estudiarse demasiado cerca ni con excesivo método. Francia invita á venir á medirse con ella en la luz y dulzura de la paz. No tenemos orgullo ni odio, cual cumple á trabajadores cuyo campo fué asolado por grandes tempestades, y que han debido con infatigable labor reconstituir su patrimonio y rehacer sus hogares. Habiendo realizado todo lo que nos ha sido posible realizar, plácenos mostrar á todos nuestra obra de lealtad, de energía,



Obrero cavador

de perseverancia. Júzguenos cada cual y júzgue-se enfrente de nosotros con toda justicia y serenidad, según lo que se ha hecho.

¿Quiénes serán los victoriosos de este extraordinario concurso abierto á los pueblos lejanos, como á los vecinos, á los enemigos de ayer, como á los antiguos aliados? Los hombres lo dirán y las cosas mismas lo anunciarán á su hora. Nosotros sabemos que ninguna barrera debe quedar de pie, que la plaza está abierta para todo el que tenga que exhibir progresos, que á todos se ofrece igualmente hospitalidad amplia, equitativa y desinteresada y que se puede venir á nosotros en toda confianza, con la frente descubierta y sus riquezas en las manos.

HISTORIA Y VISTA DE CONJUNTO

Entre nosotros se organizó, en 1798 (año VI de la República) la primera Exposición industrial. Los productores sentían la necesidad de agruparse á fin de compararse: tal cambio se había hecho hasta en las condiciones de la producción. Francisco de Neufchateau, encargado

de los negocios interiores, tuvo la idea de una manifestación ó exhibición de conjunto de nuestras industrias con motivo de una de las fiestas públicas dadas por el Directorio. Ciento diez expositores tomaron parte en ella, y por espacio de trece días, se vió al rededor del *Templo de la Industria* un inmenso concurso de visitantes. De noche se encendían luces y aumentando la afluencia de gente, se sostuvo hasta el fin el interés por encima de las esperanzas concebidas.

A partir del año IX, se repitió muchas veces el feliz experimento, y siempre con el mismo éxito. Desde 1848, estos grandes certámenes industriales, muy favorecidos por el gobierno, debieron su creciente importancia á la actividad provincial y al desarrollo de las colonias. Pero ya comenzaron á surgir nuevas necesidades: no bastaba ya poner á los productores nacionales enfrente unos de otros; convenía favorecer la comparación de los productos de nación á nación, y para bien de todos, sacar partido de la concurrencia internacional.

La primera Exposición universal se abrió en Londres en 1851. Cada país tuvo en ella su representación particular y su administración especial, lo que garantizó los caracteres nacionales en la amplitud del movimiento internacional y universal. Esta exposición, que ha venido á ser legendaria y se realizó por iniciativa privada, aunque con ayuda de los poderes públicos, fué el punto de partida de todas las que siguieron, á lo menos como organización general. El Palacio de Cristal ha servido de tipo á los palacios de exhibición construidos en todas partes. Sólo se echó de menos en él una sección de Bellas Artes. Las memorias de la comisión francesa, y especialmente la memoria

general de M. C. Dupin, se consultarán siempre con provecho. En ellas se hacen justos elogios de Inglaterra, que ganó en su noble empeño altísimo honor con su espíritu práctico y su magnificencia. Francia estaba representada por 1751 expositores, los cuales obtuvieron 56 medallas llamadas *de consejo*, 622 de *premio* y 372 menciones honoríficas.

Hemos creído deber indicar sucintamente lejanos antecedentes de la solemnidad francesa de 1889. Lleguemos sin más preámbulos á las memorables Exposiciones parisienses de 1855, 1867 y 1878. Como hemos tomado á pechos hacer sensible á todos la grandeza de nuestro esfuerzo, séanos lícito recordar aquí algunos hechos y números. Posible es que nuestros datos parezcan un tanto áridos; pero en este momento nos importa más resumir en términos precisos documentos exactos que entregarnos al sentimiento pintoresco. Comencemos por instruir á nuestros lectores, y después intentaremos recrearlos.

EXPOSICIÓN DE 1855.

El 8 de marzo de 1853 se decidió por un decreto de Napoleón III que se celebrara en París una Exposición universal del 1.º de mayo de 1855 al 30 de setiembre del mismo año. Esta Exposición no había de ser exclusivamente industrial como la de Londres, pues parecía indispensable que las Bellas Artes tuvieran en ella amplia representación. Por eso se expidió un nuevo decreto con fecha 22 de junio de 1853, basado en la consideración de «estar estrechamente ligados los perfeccionamientos de la industria con los de las Bellas Artes,» y ordenando la organización especial de una sección de pintura, escultura, grabado y arquitectura. Por un tercer decreto de 24 de diciembre del mismo año, se instituyó una comisión general que se dividía en dos sub-comisiones, una para la industria y otra para las artes, bajo la presidencia del príncipe Napoleón. En el número de los comisarios artistas figuraban Eugenio Delacroix, Ingres, Merimée, Saulcy y Visconti; y en el de los industriales los economistas Blanqui, Dollfus, Arles Dufour, Cárlos Dupin, Emilio Pereire, Regnault el químico, Fernando de Lesseps, etc., etc. Le-Play no tardó en ser nombrado Comisario general. Para la gran memoria de conjunto, será presentado al emperador al final de la Exposición por el príncipe Napoleón en persona.



M. CONTAMIN, Ingeniero en jefe de los trabajos

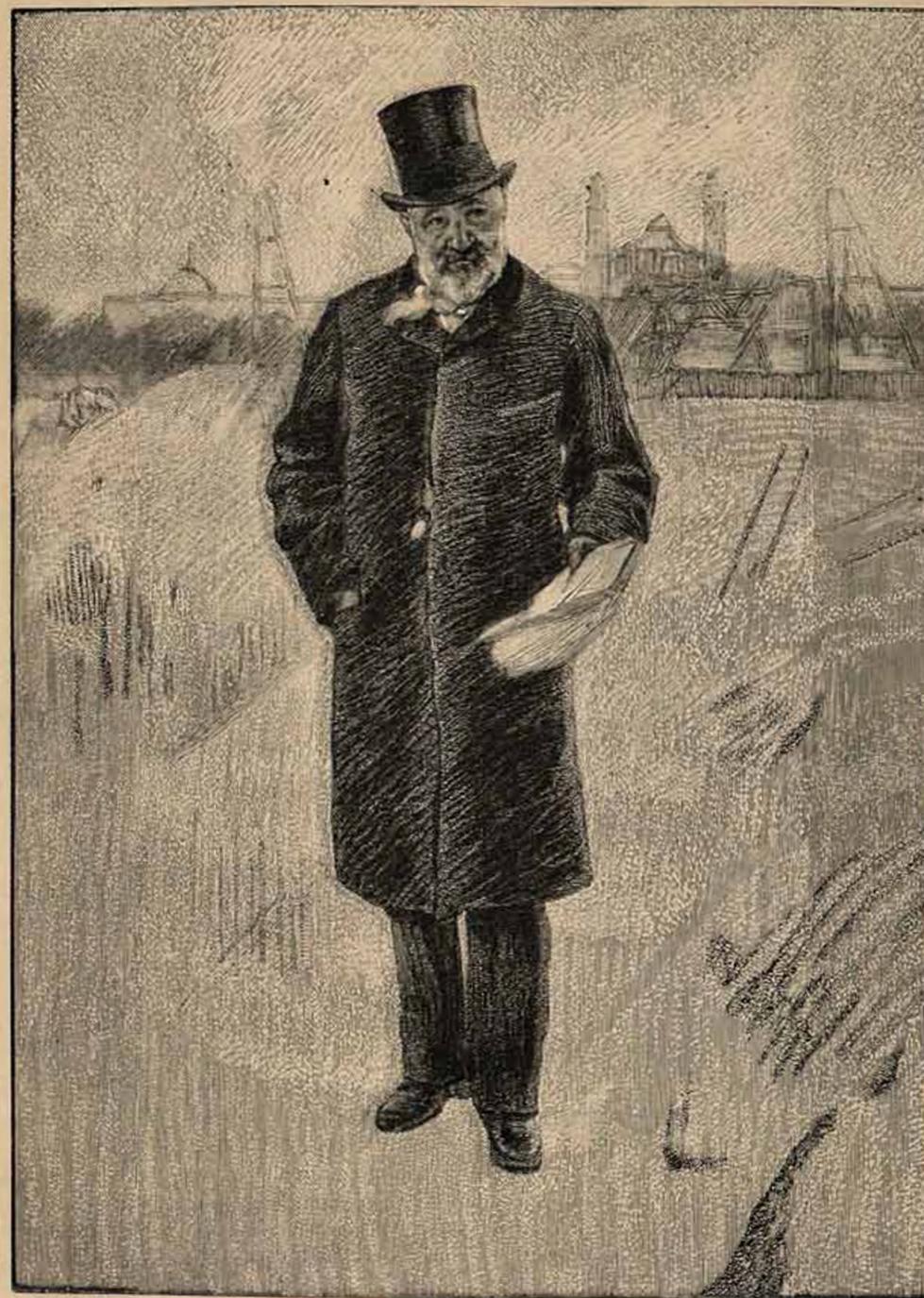


Apertura de zanjas para los conductos de agua y de gas

Cuestiones muy delicadas se sometieron desde luego á la comisión. No existiendo aún los tratados de comercio, era menester, ante todo, suspender ó modificar para los expositores el régimen aduanero en vigor. Se decidió en seguida, en interés de los industriales y del público, que fuera la Exposición un lugar de venta. Hizose otra innovación consistente en hacer pagar la entrada á los visitantes, lo que es equitativo, pues así todos contribuyen á los gastos del espectáculo de que gozan. Era sobreentendido, por otra parte, que el acceso á la Exposición había de facilitarse en la más amplia medida á los hombres de estudios jefes de talleres, operarios, alumnos de escuelas, etc.

Hubo grandísimas dificultades para los numerosos emplazamientos necesarios, por falta de un plan de conjunto debidamente concertado de antemano. Por decreto de 28 de octubre de 1852, se concedió el palacio de la Industria á una compañía que hizo la construcción á su costa para indemnizarse con los derechos de entrada. La comisión utilizó el palacio, como el pabellón del Panorama adonde terminaba una espaciosa galería. Después se construyeron grandes galerías, muelle de Billy y avenida de Antin para la industria y avenida Montaigne para las bellas artes, habiéndose improvisado otros edificios accesorios por todas partes; hasta que se acabó por disponer de una superficie de 117.000 metros, destinando 16.150 para bellas artes y 17.000 para la galería de máquinas.

Los envíos debían regularmente hacerse del 15 de enero al 15 de marzo de 1855;



M. ALPHAND, Director de los trabajos de la Exposición, por ROLL

pero en realidad no comenzaron á llegar hasta el mes de abril. El 4 de abril no habían llegado más que 591; pero del 16 al 30 había ya sobre 2.400. En julio se recibieron todavía 1.900, y los artículos especiales se expedían siempre con la autorización del Comisariado general.

¿Quiere conocerse exactamente el número de los expositores? Este número no baja de 23.954, á saber: 21.779 expositores en la sección de industria, y 2.175 en la sección de Bellas Artes. En este total entraban los extranjeros, poco más ó menos, por la mitad.

Según las cuentas del comisariado, la Exposición fué visitada, los días de entrada á 20 céntimos, por 2.182.433 personas; los días de entrada á un franco, por 2.097.607; los viernes á 5 francos (del 16 mayo al 31 julio) por 33.926; los viernes á 2 francos (del 1.º agosto al 9 noviembre) por 95.688.

En estos datos no se comprenden, por supuesto, más que los visitantes de pago, los cuales dejan en total 3.302.484 francos, 77 cént. para la sección de Bellas Artes, y 2.566.194 francos con 60 cént. para la industria.

Si se comparan los gastos generales, que ascendieron á 11.336.521 francos, 85 céntimos, con los ingresos por venta de catálogos, por alquileres de espacios en los jardines, por reventa de materiales y otros conceptos, se llega á una moderación de 8.315.908 francos y 66 cént. Pero hay que tener en cuenta en el saldo en déficit las inmensas dificultades de un ensayo tan gigantesco, intentado por la primera vez, y también los enormes beneficios que realizó París con la afluencia de forasteros, el movimiento de los arbitrios y la actividad del comercio.

Lo que fué más admirado en 1855 fué la exposición de bellas artes, donde el emperador, la emperatriz, la reina de Inglaterra, el príncipe Alberto y otros altos personajes por poco no se sofocan un día en una ovación demasiado tumultuosa, y la galería de máquinas, de un golpe de vista muy nuevo, y donde, según la Memoria general, en toda la longitud de los árboles de trasmisión, se pudo ver el movimiento de los talleres que dependían de un mismo árbol.

EXPOSICIÓN DE 1867.

La Exposición de 1867, decretada el 22 de junio de 1863 y preparada por una comisión de 41 miembros, nombrada el 1.º de febrero de 1865, ocupaba una superficie de 165.816 metros cuadrados, incluso los jardines que alcanzaban 5.743 metros. M. Le Play fué el comisario ordenador, y M. M. Chevalier el ponente general. En ella figuraban 52.200 expositores, de los cuales eran franceses 15.969. Tuvo treinta millones de visitantes, entre los cuales hubo tres emperadores extranjeros, catorce reyes ó reinas, treinta y tres príncipes ó princesas de familias reinantes, incluso el hermano del Taicun. Las entradas ascendieron por término medio á 138,248 diarias, lo que produjo una suma de 10.765.419 francos.

Al final de las operaciones se reembolsó el capital de garantía, que era de diez millones, superando en mucho los ingresos á los gastos. El beneficio general fué, en conclusión, de 2.766.000 francos á repartir por terceras partes entre el Estado, la ciudad de París y la sociedad de garantía, sin contar un residuo de 47,283 francos de reserva para un gasto imprevisto ó para una obra de utilidad pública.

Se atribuye al príncipe Napoleón la inspiración del plano de conjunto, á saber: un jardín central rodeado de siete órdenes de galerías concéntricas formando una inmensa

elipse en que, por virtud de su buena disposición, todo se encontraba á mano y fácilmente. Diez y seis calles cortaban transversalmente las galerías y favorecían así la clasificación. Cada una de estas calles tenía el nombre de un país: África, Flandes, Bélgica, etc., etc.

Una de las innovaciones más felices de la Exposición de 1867 fué la galería de la Historia del trabajo indicando la transformación de las primeras materias en todas las épocas en productos manufacturados. Para poner en movimiento las máquinas, no se hizo más que seguir el ejemplo dado en 1855, ampliando todas las proporciones. Ya no se permitirá exponer máquinas, sino en estado de actividad. En una Exposición universal, todo lo que no obra está como herido de muerte sin ofrecer atractivo ni enseñanza.

Los terrenos del Campo de Marte se entregaron á los empresarios el 25 de setiembre de 1865. Un año después comenzaban los expositores á ocuparse en sus arreglos interiores. Antes del 1.º de enero de 1867 se habían hecho 350.000 metros cuadrados de excava y nivelación; 7 kilómetros de sumidero; 5 kilómetros y medio de galerías de ventilación; 50.000 metros cuadrados de albañilería, y se habían utilizado 13.000.000 de kilogramos de hierro y de planchón, y 1.500.000 kilogramos de hierro colado, puesto 6 hectáreas de cristales, y otras 6 de zinc para cubierta. Y no entramos en el detalle de los servicios especiales.

Añádase, para no omitir nada esencial, que por la primera vez se había dado amplio lugar á los estudios sociales y á las investigaciones para la educación y enseñanza públicas, y que el jurado se distribuía en diez grupos correspondientes á diez órdenes de ideas: 1.º obras de arte; 2.º material de las artes liberales; 3.º muebles; 4.º indumentaria; 5.º primeras materias; 6.º trabajos de artes usuales; 7.º alimentos y bebidas; 8.º productos vivos y especímenes de establecimientos agrícolas; 9.º productos vivos y especímenes de establecimientos hortícolas; 10.º objetos especialmente expuestos con la mira de mejorar la condición física y moral de los obreros.

Este jurado concedió 16.916 recompensas; 64 grandes premios, 833 medallas de oro, 3.633 medallas de plata, 6.565 medallas de bronce y 5.801 menciones honoríficas.

En fin, á iniciativa de M. Duruy, ministro de Instrucción pública, treinta y siete memorias especiales resumieron el estado de las letras y los progresos de las ciencias en nuestro país. No fué culpa de la administración si esta publicación no correspondió sino en parte á lo que se debía esperar de ella.

La Exposición de 1867 fué para Francia un triunfo incontestable.

EXPOSICIÓN DE 1878

El 4 de abril de 1876 se ordenaba por decreto de la presidencia de la república que se abriera en París una Exposición universal, del 1.º de mayo al 1.º de noviembre de 1878, y se encargaba de su organización á M. Krantz. Esta noticia hizo grande impresión en Europa. Se admiraba la vitalidad de nuestra nación que apenas repuesta de espantosos desastres, se sentía otra vez en estado de convocar á la Europa y al mundo á una manifestación internacional universal, en la que esperaba presentarse con esplendor en medio de los pueblos concurrentes.

La comisión general de ciento veinticinco miembros nombrada por M. Teisserenc de Bort, ministro de Obras públicas, contaba en su seno con hombres como Víctor Hugo, Viollet-le-Duc, E. de Girardin, Edmundo About, Julio Simón, Taine, Gounod, Pasteur, Broca, Sainte-Claire-Deville, etc., etc.



M. DE MALLEVOUE, Secretario de la dirección de los trabajos

Una subcomisión presidida por el ilustre Viollet-le-Duc examinó los numerosos proyectos expuestos por arquitectos y adoptó el plano de la construcción. Se decidió que se celebraría la Exposición, no en el bosque de Boloña como muchos habían querido al principio, sino en el recinto de París con dos centros principales dominados por dos palacios, á saber: el Campo de Marte ocupado por una red de galerías cubiertas, y el Trocadero coronando el parque y sus curiosas fábricas con su edificio en forma de ábside, adosado á dos galerías semi-circulares y coronado por dos torres de un raro estilo seudo oriental.

Estos dos edificios abarcaban más de 270.000 metros, pero la superficie general de la Exposición, comprendiendo todas las anexas, se extendía á 750.000 metros enteramente cerrados.

Ciertas razones prácticas, como la rapidez de la construcción y la facilidad de la circulación, hicieron desistir de la forma elíptica de 1867. Dispúsose el

edificio del Campo de Marte, según una comparación de la época, «como una tabla pitagórica,» perteneciendo un sentido de la tabla á los productos similares, y estando reservado el otro á la yuxtaposición de las nacionalidades. Se construyó este palacio de hierro, ladrillo y cristal, se flanqueó de cúpulas en sus cuatro ángulos, se ciñó de pórticos y se revistió de azulejos en los puntos más aparentes.

Los gastos ascendieron, según datos de la comisión administrativa, á 35.313.000 francos, y los ingresos no pasaron de 19.235.000.

Los expositores fueron en número de 53.000; y más de cuarenta millones de visitantes recorrieron las galerías, salas y jardines. En suma, el éxito fué más vivo aún de lo que se hubiera esperado.

No se ha olvidado el aspecto fantástico de la calle de las Naciones, hecha de especímenes de todas las arquitecturas existentes. Nada se había omitido en el conjunto para la belleza del golpe de vista y se pasaba de sorpresa á sorpresa. La única crítica del público fué haberse economizado mucho los sitios de recreo y no haber creado una vida de la noche á lo menos en el gran parque.

La Exposición de 1878 dejó tras si una estela de luz y algún déficit. *Sic transit gloria mundi!*

(Continuará)

PIERRON

(Ingeniero de constr. metálicas)



Composición de F. EHRMANN

EL ARTE CONTEMPORÁNEO

ESCUELA FRANCESA

I



F. EHRMANN

Los hombres que pasan hoy de los treinta y siguen con atención desde hace algunos años el movimiento de las artes, han visto bosquejarse y ven producirse un hecho capital, á saber: el definitivo abandono hecho por nuestros artistas de la convención plástica emanada del renacimiento italiano y la vuelta de la escuela francesa al principio francés por excelencia, á la observación directa de la vida. Una grande evolución se acaba, que deberá consagrar necesariamente la próxima Exposición universal y que devuelve á sí mismo nuestro espíritu nacional, un tiempo extraviado.

A cualquiera parte que uno se vuelva, un arte vivo hiere nuestra vista, un arte nacido de nuestras costumbres, nutrido de nuestros sentimientos, todo él hecho á nuestra imagen y semejanza. No pretendo yo hacer creer que las obras maestras abundan más ahora que antes;

afirmo solamente que nuestras exhibiciones anuales revelan honrosamente las altas tendencias del presente. El terreno socavado de las academias se ha hundido bajo los pies de los jóvenes determinados á marchar hacia adelante; han buscado otro terreno más sólido y helos aquí saliendo á través de la realidad que no engaña nunca.

¿En qué se fundaba ese arte italo-romano que ha prevalecido entre nosotros por espacio de cuatro siglos con desprecio de nuestras íntimas aspiraciones?

En un concepto abstracto de la belleza. De aquí nuestros errores y el olvido de nosotros mismos. La abstracción, que siempre se estima superior á lo que es, engendra fatalmente fórmulas y las perpetúa; estrecha el punto de vista del artista queriendo ensancharlo; paraliza el arte reduciéndolo á repetirse sin cesar, y para decirlo todo de una vez, subordina todo ensayo de alcance á un ideal académico, irracional y depresivo. Así la estética derivada del concepto de una belleza esencial, independiente de la expresión humana, está condenada á agitarse en el vacío.

En pocas palabras, la escuela moderna ha debido lógicamente venir á un solo método: el honesto y sencillo método de la observación enfrente de la inagotable variedad de las cosas.

Lo mismo que en la edad media, y teniendo en cuenta la diferencia de las ideas y de los procedimientos, ponemos hoy la particularidad característica muy por encima de la pureza más ó menos convencional de las líneas. El arte que nosotros amamos es, ante todo, expresivo y natural. Píntesenos la calle ó el taller, el gabinete ó la buhardilla, la leyenda ó la historia, á todo nos acomodamos, con tal de que se nos ofrezcan personajes verdaderos en acciones verdaderas, en medios verdaderos, alumbrados por la misma luz que nos envuelve, respirando el mismo aire que respiramos nosotros. Dadnos la verdad, y nos daréis al mismo tiempo la emoción y el pensamiento, si sois verdaderos artistas. Un operario en el trabajo nos conmueve, una mujer remendando la ropa de sus hijos nos cautiva, todo lo que nos habla de nuestra humanidad nos interesa en el más alto grado. ¿Qué tenemos que ver con lo demás?

Ciertamente no podríamos condenar absolutamente las evocaciones, las cuales pueden ser humanas á pedir de boca y tocarnos el corazón; pero, en tesis general, el mejor



Miss***, por CARLOS DURÁN

de los pintores es aquel que reproduce mejor lo que ha visto, el hombre que sufre, la doncella que sonríe, la casa que se construye, la ruina que se hunde, la rosa que se abre, el tiempo que hace. Lo que se ha sacado de la vida concentrada en sí; lo que ha salido de los vanos espejismos de la imaginación se extingue como el fuego de paja, ennegrece como humo lo que toca y se va al viento como ceniza.

No soy de los que sólo hablan del pasado con desdén ó con cólera. De época de época los hombres son iguales: tienen las instituciones que convienen á su estado social; su dispendio de fuerzas es siempre equivalente, ahora se consagra á un objeto, ahora se divide y se disperse. Cada generación produce para satisfacer sus necesidades morales y materiales. Lo que no responde ya á las condiciones de su existencia inmediata le parece atrasado, y su destino no es ni mejor ni peor, en suma, que el de las generaciones precedentes. Si las épocas muertas nos han legado muchas obras sin interés á nuestros ojos, estas obras estaban de acuerdo con su modo de ser, de pensar y de ver. El arte será siempre la adecuada expresión del trabajo de las civilizaciones y se verá cómo se revelan en él todas las influencias que han predominado.

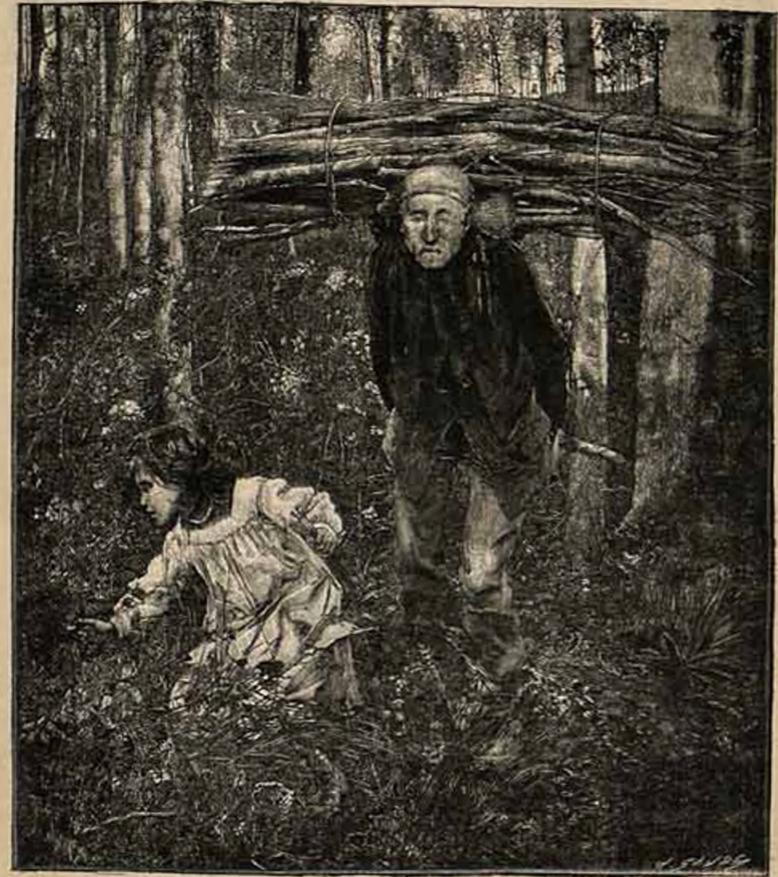
Se nos reprocha que nos separamos de las tradiciones; pero es que queremos vivir por nuestra cuenta, conforme á lo que es en nosotros. Por otra parte, una sociedad evoluciona fatalmente, como un niño se forma, bajo el imperio de la educación. Según la dirección que reciben los hombres nuevos, toman sus miras tal ó cual curso, suben más ó menos arriba ó van más ó menos lejos.

Con los aspectos de la vida cambia la fisonomía de las artes. Los artistas continúan su tarea á través de los trastornos y producen lo mejor que pueden. Jamás es su ambición lo que se debilita; es el ideal social que baja. Pero á lo menos, desenvuélvase normalmente la escuela de un país de conformidad con el carácter de la nación y no se desvíe de su camino por las lecciones extranjeras. Por las lecciones extranjeras nos ha venido el menoscabo.

Está fuera de toda duda que el Renacimiento ha sacado á luz trozos admirables, que las composiciones del siglo xvii tienen á menudo grandeza y que se encuentra en las fantasías del siglo siguiente una gracia exquisita muchas veces. Sin embargo, nadie podría negar que la introducción de los modelos antiguos é italianos en Francia y el culto exclusivo de los renacientes al espíritu de Italia, hayan interrumpido por manera deplorable el progresivo y natural desenvolvimiento de nuestro arte nacional, creado un idealismo arbitrario y completamente exterior y lanzado á nuestros artistas á una falsa vía, de la cual salimos apenas.

Hasta el siglo xv poseimos un arte lleno de salud, de lógica, de bondadosa sencillez, sólo dependiente de nuestro temperamento, en una palabra, popular. Pero he aquí que se levanta un mal viento; ya no se ve claro; la deslumbradora realza impide al artista distinguir al pueblo, que trabaja oscuramente, no más abrumado de hecho que á estas horas en que nos encontramos, pero sin derechos precisos y sin garantías. Una larga serie de generaciones se sucede y se sepulta. En fin una tempestad estalla y todo es barrido: múdase el centro de gravedad social: el pueblo se agita y viene á ser poderoso; el arte vuelve á ocuparse de aquellos humildes que había olvidado hacia tantos años y el movimiento moderno se enlaza finalmente al movimiento puramente francés de las antiguas edades.

Pueden desolarse los academistas; nosotros no tenemos sino motivos para alegrarnos. No es una revolución la que se ha consumado, sino una restauración. La convención



El campesino, por J. BASTIEN LEPAGE

clásica no tiene autoridad, pero la realidad se levanta á la clara luz y se ha vuelto á encontrar la atrevida sinceridad del francés.

II

Desde que se entra en una exposición de pinturas, se nota la renovación completa del gusto y de las prácticas. Donde se ostentaban cuadros ambarados, dorados, enrojecidos, manoseados, iluminados con tonos de paleta, se ven ahora lienzos claros, profundos, de una armonía de aire ambiente, coloridos sólo con los tonos de la naturaleza y comparables á ventanas abiertas á la realidad. Si se tienen en cuenta los asuntos tratados, todavía se revela mejor la realidad. Casi ninguna escena mitológica; ya no toleramos dioses sino humanizados. Casi ninguna alegoría: á estas sutiles fantasías preferimos con mucho el retrato, capaz de herir en nosotros la fibra humana. Los que intentan los episodios de la leyenda y los hechos de la historia, se ensayan en traducirlos evocados al vivo, despojados del aparato convencional. Apenas de vez en cuando algún aprendiz, desoso de utilizar un bosquejo premiado en concurso, resucita un dato de escuela; y uno



Cardenal Lavignier, por L. BONNAT.

maior y se limita á sustituir un estilo clásico, fluido y amanerado con otro estilo clásico, rígido y frío. La influencia que ejerce es deplorable; pero, cosa extraña, no deja nada verdaderamente bello sino retratos y algunos cuadros de asunto moderno.

Después el febril Delacroix, exasperado con el ideal neo-antiguo, tomado de la historia y de la leyenda de los dramas vehementes, los reviste de colores fuertes, produce escándalo, gana terreno y trastorna el arte oficial: á su vez entra en el Instituto con su convención romántica y hace lugar á los realistas. Courbet, incomparable manipulador de empaste, espíritu singular entre dos extremos de grosería y finura, pinta sus *Rompedores de piedras* y aquel *Entierro en Ornans*, donde el dolor humano se revela en un grupo de mujeres que lloran, como acaso no se reveló jamás. La libertad de pintar lo que se ve está casi adquirida: queda conquistar el derecho de pintar como se ve, todo claro en la transparencia de la atmósfera, como los paisajistas han hecho.

Un hombre, sobre todos, ha contribuido al triunfo de la evolución: aludimos á Eduardo Manet. Han podido reirse de sus esfuerzos, pueden discutirse ciertas partes de su obra, pero su grandeza aparece en este punto: si el conjunto de sus cuadros llegara á desaparecer, difícilmente se explicaría el porvenir el movimiento de la pintura de veinte

se limita á sonreír de paso viendo su candor. Sin duda el desnudo es siempre digno de pintarse, porque el desnudo es eterno; pero lo que es digno de pintarse por encima de todo, es la humanidad íntima, tal como la vemos. Un indecible instinto liga al pintor á los episodios de la vida, del taller, de la existencia común. La pasión de la verdad se ha apoderado de nuestros artistas: el público mira y comprende poco á poco.

No temo asentar que nuestras artes entregadas á sí mismas se vuelven naturalmente hacia el lado de la observación. En la hora de las más arrogantes dominaciones académicas aparecen en nuestra escuela Le Nain ó Chardin. La moda los puede desdeñar; ellos custodian con tranquilidad y como sin saberlo lo mejor de las cualidades francesas. Pocos años antes de la revolución, un pintor dotado magníficamente, pero lleno de inconsecuencia, Luis David, se presenta como refor-



Las Chérifas, por BENJAMIN CONSTANT

años á esta parte. Manet ha abierto los ojos de los pintores á las difusas vibraciones de la luz al aire libre; les ha probado que se pueden, sin decadencia, fijar en el lienzo nuestros encuentros familiares; les ha dado, en fin, el más bello ejemplo, que yo sepa, de independencia, de lógica y de perseverancia. Sin ser un razonador, se adhería y ligaba, por la fuerza de su instinto y la rectitud de su espíritu, al racionalismo y al análisis moderno. Su mirada descomponía el color y fijaba su efecto real estableciendo rigurosamente la serie de las relaciones. Ante los asuntos más sencillos se sentía á sus anchas. Un joven y una joven á bordo de una canoa, á la clara luz del sol, en el estanque de Argenteuil; una niña mirando, á través de la verja de un jardín, el tren que pasa; unos enamorados que almuerzan en un patio de *restaurant*...

«La pintura, decía una noche con encantadora palabra, debe seguir las estaciones. Yo no pinto en invierno sino cosas de invierno, ni en verano más que cosas de verano.» Así producía con entera franqueza obras cuyo carácter decisivo sorprendía á veces y hacía reflexionar siempre. Jamás lo turbó ninguna burla, porque reproducía honestamente lo que veía y no procuraba imitar á los demás.

Por eso los más sinceros artistas se agruparon á su alrededor, y lo siguieron, más bien que imitarlo, lo que constituye la gloria de los precursores. Partió joven aún, pero habiendo terminado su tarea, habiendo sembrado el campo francés para mucho tiempo, dejando noble memoria de sí.

Cuando se estudie un día la producción de fines de este siglo, tendrá la crítica elogios para los Bastien Lepage y los Roll, los Gervex y los Duez, pero reconocerá en ellos, como en muchos otros, discípulos de Eduardo Manet, y honrándolos como es justo hará públicamente justicia al que fué escarnecido en vida y que con su ejemplo hizo progresar su arte.

El nombre de Bastien Lepage se ha deslizado de mi pluma, y ya que lo hemos mentado, nos importa hacer mención honorífica de aquel maestro que cayó tan joven y en la eflorescencia del talento. Sus lienzos, donde el estudio del ambiente y la investigación de la impresión se unían á la preocupación del dibujo más estricto, no dejaron de ejercer

una acción saludable. Nacido en el campo, en la Lorena, donde corrieron la mayor parte de sus días, Julio Bastien Lepage no tuvo esa primera educación de preocupaciones plásticas que falsea en las ciudades el espíritu y los ojos de los niños. Por más lejos que recordara, no le ofrecía su memoria más que segadores escalonados en los surcos, vendimiadores recorriendo los viñedos, guadañeros pelando los prados agostados, pastores guareciéndose bajo los árboles de los ardientes rayos del sol del medio día; pastores tiritando de frío, en el invierno, bajo su rota capa, buhoneros que atravesaban á buen paso la llanura empapada de lluvia torrencial, lavanderas que llenaban los huertos con su sonora alegría batiendo bravamente el agua azul... He aquí todo lo que quería él pintar, ó mejor dicho, todo lo que pintó.

Lo habíamos saludado justamente desde sus primeros retratos y fué progresando siempre, teniendo en grado eminente el don de la observación fisiológica. Y era sin embargo poeta, poeta de candor, por ese profundo amor de la naturaleza que lo ponía en contemplación ante los tesoros del sol poniente y los blandos rayos de la luna y lo impelía sin cesar hacia los pequeños y los humildes.

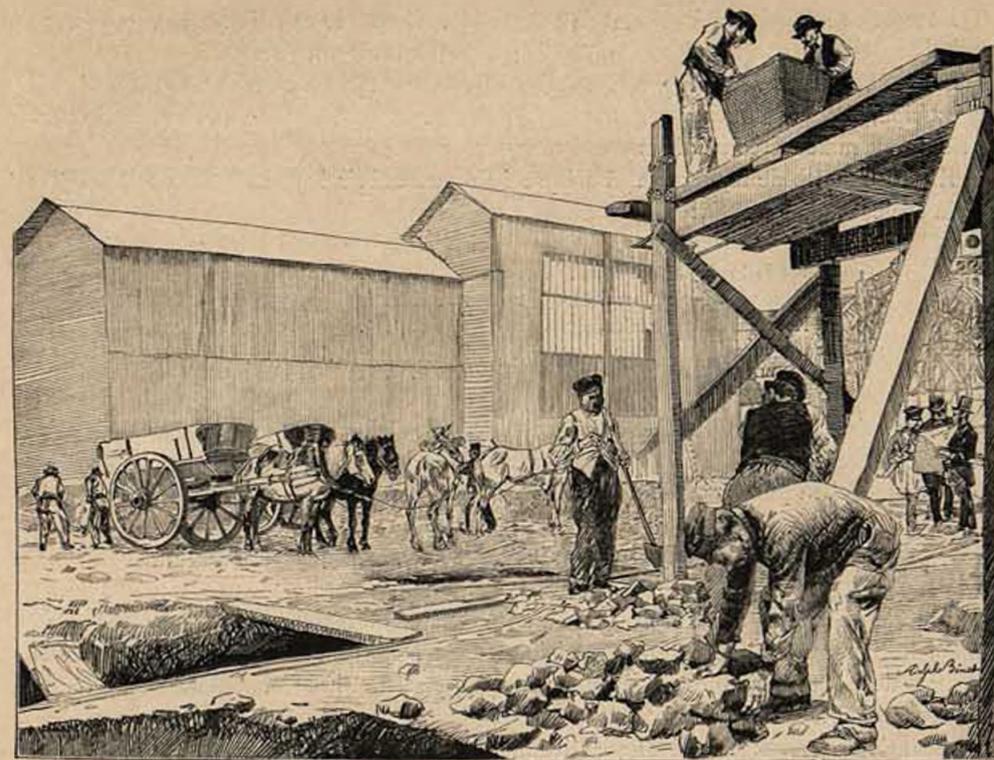
¿Cómo no recordar, por lo demás, lo que le oí decir respecto á la educación recibida en la escuela de Bellas Artes? «No he tenido que quejarme de nadie y guardo la más viva gratitud á buen número de personas, que no me debían nada y me dieron mucho. He aprendido mi profesión en París y no quiero olvidarlo, pero realmente no he aprendido en él mi arte. La escuela de Bellas Artes está dirigida por maestros, cuyas buenas cualidades y abnegación no podría desconocer sin injusticia. Pero ¿es culpa mía haber sacado de sus lecciones las únicas dudas que me hayan atormentado? ¡Qué lástima que se os inicie en tradiciones y rutinas á pretexto de amoldaros! ¡Sería tan sencillo enseñaros á servir de los pinceles y de la paleta sin hablaros á diestro y siniestro de Miguel Angel, de Rafael, de Murillo y del Dominiquino!... Se volvería luego al país natal, á Bretaña, á Gascuña, á Lorena ó Normandía, y se haría tranquilamente el retrato de la comarca. Así es como se conseguiría animar el arte con verdadera vida y hacerlo bello y simpático para todo el mundo.»

Ello es cierto que se ganaría mucho en seguir semejante programa.

La enseñanza de la escuela oficial tiende á reformar siempre una centralización académica. ¡Ojalá multiplicaran, según el consejo del pintor de Lorena, los artistas que hacen el retrato de su provincia!

Nótese, en efecto, que la convención ha tomado una táctica nueva que la disimula y le procura medios de volvernos á coger. Si nuestro estado democrático se traduce en pintura por el estudio del campesino, del obrero, del pueblo, el academismo no se atreve á protestar, pero reclama, en nombre de la poesía convencional, contra la realidad demasiado severa. Al campesino, al obrero que es menester observar de cerca, opone el pastor, ser vago, reservado, que se inventa á medida del gusto. El pastor sentimental y toda la pastoral abstracta con que se nos regala amenazan como pueden al arte de verdad, sincero y vario, caracterizando los aspectos y las costumbres de cada región. Es la última transformación del idealismo. Denunciémosla como hipócrita y peligrosa. Pero el idealismo artificial arrastrará siempre tras sí y siempre tendrá á su favor á los perezosos que no tienen el valor de mirar de frente la vida y sorprender sus secretos.

L. de FOURCAUD.



LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1889.

Vengamos ahora á la presente Exposición universal.

Para evitar toda confusión, siendo muy numerosas las cuestiones que hemos de tocar, séanos permitido separarlas por títulos especiales.

1. Orígenes. Primeras valuaciones del presupuesto.

El 8 de noviembre de 1884, el presidente de la República, M. Grevy, de acuerdo con la memoria del ministro de Comercio, decretó solemnemente que se celebrara en París una Exposición universal á que se invitaría á todas las naciones, abriéndose el 5 de mayo de 1889 y debiéndose cerrar el 31 de octubre siguiente.

El presidente nombraba al mismo tiempo una comisión de estudio llamada á preparar los medios más propios para realizar el gran proyecto.

Se decidió desde luego que fuera organizada la Exposición por el Estado con el concurso de la ciudad de París y la asistencia de una sociedad de garantía representada por M. Alberto Christophle, director del Crédito territorial.

Los gastos ascenderán á un total de 43.000.000. El Estado contribuye con 17.000.000 la ciudad de París con 8.000.000 y la sociedad de garantía con el resto.

Si hay beneficios serán repartidos entre el Estado, la ciudad de París y la sociedad copartícipe; si por el contrario resulta déficit, será de cuenta del Estado, después de agotados los 43 millones convenidos.

El presupuesto de ingresos está así previsto para cubrir los 18.000.000 adelantados por la sociedad de garantía:

Producto de las entradas.	14.000.000
Concesión é ingresos diversos.	1.500.000
Reventas de materiales, etc.	2.500.000
Total.	18.000.000

Estas valuaciones no exceden más que en 514.803 francos 45 los ingresos de la misma clase cobrados por el Tesoro en la Exposición de 1878, cuyo total es de 17.485.196 francos 55. Deben pues considerarse como muy aceptables.

II. Elección del emplazamiento. — Concurso de arquitectura.

¿Dónde se celebrará la Exposición? Fué menester ante todo discutir el asunto. Se habían hecho gran número de proposiciones. ¿Se elegiría Vincennes ó Levallois? El proyecto de Courbevoie ofrecía grandes ventajas; pero con la reserva expresa de haber de hacerse el ferrocarril metropolitano.

Después de graves discusiones, se decidió por decreto de agosto de 1886 que se celebrara en el Campo de Marte principalmente, pero que pudiera extenderse á una y otra orilla del Sena y comprender la explanada de los Inválidos, el palacio de la Industria y el Trocadero.

«La superficie de los palacios, dice M. Teisserenc de Bort en su memoria, está calculada en 288.000 metros cuadrados.» En 1855 no se trataba más que de 117.000 metros. En 1867 se alcanzaban 163.000. En 1878 se llegó á 280.130. En 1889, según cálculo del ingeniero M. Baecker, abarazará el recinto 840.000 metros, de los cuales serán edificados y cubiertos 290.000.

En lo que concierne á las construcciones y arreglo se hubieron de presentar hasta 107 proyectos. De ellos se encontraron 18 bastante notables para que los tomara en cuenta la comisión nombrada para el concurso; y sometidos á un segundo examen, los doce primeros, designados en escrutinio secreto, recibieron primas determinadas por resolución ministerial.

El 12 de junio de 1886 apareció en el *Diario oficial* el nombramiento de una comisión consultiva, que estudiara el proyecto de una torre de hierro presentado por M. Eiffel, ingeniero constructor.

Es una cuestión interesante, que encontraremos más adelante.

III. Dirección y personal.

Estamos en el mes de julio de 1886. El público se ocupa mucho de la Exposición futura y se han dado á luz muchos nombres, causando extrañeza la lentitud del minis-

terio en fijar su elección y en hacerla conocer. Pero el 28 de julio aparece la resolución ministerial tan impacientemente esperada.

No hay un comisario general único; hay tres directores, teniendo cada uno señaladas sus atribuciones.

El director general de las obras es M. Alphand, M. J. Berger el director general de explotación, y M. Grison el director general de administración.

Poco después, M. Garnier, miembro del Instituto, es agregado á la dirección general de obras, con carácter de arquitecto consejero, y M. de Mallevoue en calidad de secretario; se nombra ingeniero adjunto al director á M. Delions, mientras el arquitecto monsieur Sedille se encarga de las instalaciones interiores y M. Vigreux toma á su cargo como ingeniero en jefe, el servicio mecánico y eléctrico.

Sin más retardo aparecen los nombramientos esenciales para iniciar desde luego el período activo.

Desde entonces se reclutan los operarios, se excavan los cimientos, se preparan los terrenos, y en las herrerías se comienza á batir el hierro y á fabricar esos colosales armazones que causarán después nuestra admiración.

IV. Clasificación.

La clasificación adoptada para la Exposición de 1889, se nos preguntará, ¿es exactamente la que se adoptó en 1878?

Contestaremos que difiere muy poco.

La adición de la viticultura y de la piscicultura comprendidas nominalmente y no ya sólo implicadas en la agricultura, la creación de una clase nueva de estadística y de enseñanza agrícolas, y una clase particular de higiene, no constituyen sino mejoras de detalle.

He aquí, por lo demás, la lista de los grupos:

Primer grupo. Obras de arte.	
2.º	» Educación y enseñanza; material y procedimientos de las artes liberales.
3.º	» Muebles y accesorios.
4.º	» Tejidos y vestidos.
5.º	» Industrias extractivas; productos en bruto y obrados.
6.º	» Herramientas y procedimientos de las industrias mecánicas. Electricidad.
7.º	» Productos alimenticios.
8.º	» Agricultura, viticultura, piscicultura.
9.º	» Horticultura.

V. La torre Eiffel.

¡Salud al coloso de la Exposición!

He aquí la torre de hierro que domina á París desde sus trescientos metros de altura.

¡Cuánto se ha hablado de ese gigante aun antes de saber lo que sería! ¡Y cuántas injurias se le han dirigido! Ni siquiera se ha tomado en cuenta que la obra de M. Eiffel constituye la más enorme, la más curiosa, la más audaz y feliz prueba que se haya intentado jamás sobre la dinámica constructiva de hierro. ¿Quién sabe lo que puede salir de semejante experimento desde el punto de vista de la arquitectura metálica?



M. DUTERT, arquitecto del palacio de las Máquinas

VI. Los tres palacios del Campo de Marte.

Si entramos en el Campo de Marte, parte principal de la Exposición y superficie de 460.000 metros cuadrados, vemos á mano izquierda el palacio de Bellas Artes y á la derecha el palacio de las Artes liberales. Entre los dos hay un jardín magnífico, y enfrente de nosotros por la parte del mediodía, se alza el palacio de las *Secciones industriales*, y más allá encontraremos el palacio de las Máquinas, maravilla industrial, tan extraordinaria como la torre Eiffel.

El palacio de Bellas Artes se extiende á lo

largo de la avenida de Bourdonnais, y el de las Artes liberales se eleva en la de Suffren.

Los dos edificios abarcan una extensión de 37.600 metros cuadrados y son completamente iguales, á lo menos exteriormente. Un domo de 55 metros de alto por 22 de ancho, resplandeciente de bellos azulejos con dibujos blancos y azules, los corona igualmente. Un detalle para los curiosos: el peso del hierro empleado en su construcción asciende á 6 840.000 kilogramos.

Estos dos edificios son obra de M. Formigé.

Las galerías de las *Secciones industriales* rodean el jardín central, encuadran los pabellones de la ciudad de París y abren dignamente enfrente de la torre de hierro, el arco monumental de su entrada, terminado en una cúpula de 60 metros.

Esta parte de la Exposición, combinada por el arquitecto Bouvard, es del mejor efecto. Las armaduras metálicas empleadas pesan en junto 8.867.000 kilogramos y la superficie cubierta es exactamente de 107.985 metros cuadrados.

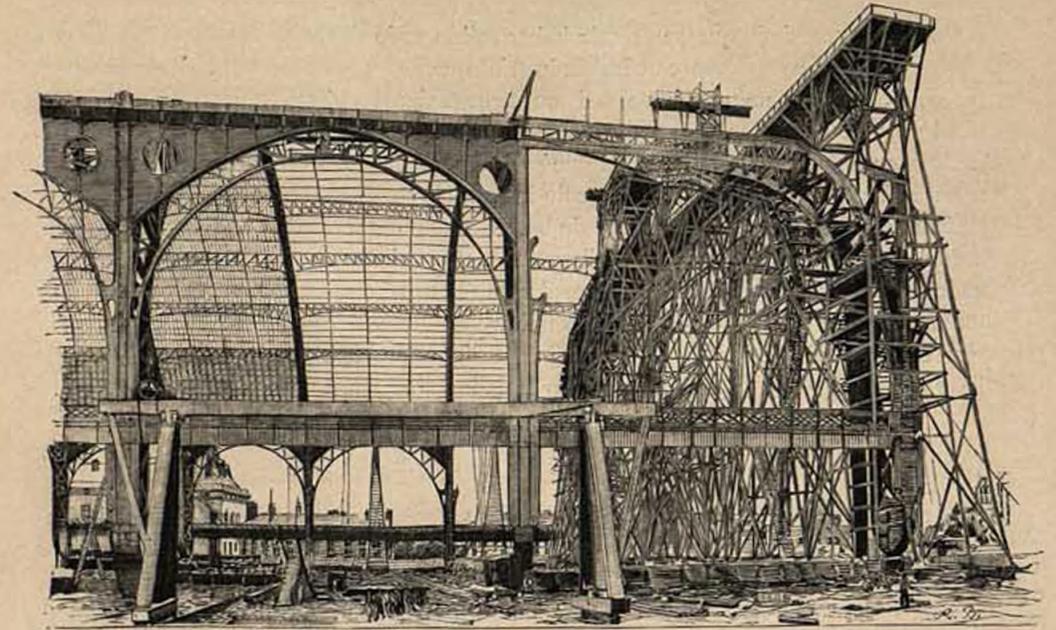
VII. Jardines y fuentes.

Entre el palacio de las *Secciones industriales*, que está al Sur, la torre Eiffel, al Norte, y los dos palacios de las Artes, que cierran los otros dos lados del cuadrilátero, se extiende el Jardín central. No sabemos de qué varita mágica ha podido servirse M. Alphand; pero es un delicioso oasis el que ha hecho surgir de la árida llanura del

Campo de Marte. Ya se maravilla uno al ver, en medio de esos amontonamientos de hierro adelgazado que suben á vista de ojos, esas arboledas que verdean alegremente. Añádanse los alfombrados de musgo y las flores y las fuentes y se tendrá un rincón del Edén civilizado.

¡Las fuentes, hemos dicho! En efecto, el parque tendrá por adorno dos fuentes monumentales; la una situada bajo la torre misma á la clara sombra de sus cuatro pilares más altos que agujas de catedral; la otra estará en el centro del jardín.

La fuente de la torre constituye por sí sola un monumento muy elevado. El pilón que la rodea tiene 12 metros de radio. M. de Saint Vidal ha esculpido el grupo que do-



Construcción de la galería de las Máquinas

mina el conjunto: *la Noche procurando en vano retener al Genio de la Luz que avanza con las alas desplegadas.*

La segunda fuente es obra de M. Coutan, y su asunto: *Francia, rodeada de la Ciencia, de la Industria, de la Agricultura y del Arte, ilumina el mundo con su antorcha.* Las aguas que saltan del pie del monumento se precipitan con grande estrépito en amplios receptáculos inferiores.

Pero muchas otras curiosidades nos solicitan. Al recorrer estos jardines del Campo de Marte, tan maravillosamente trazados y plantados por M. Laforcade, jardinero mayor de la ciudad de París y de la Exposición, ¡cuántas y cuán agradables impresiones nos están reservadas! Por donde quiera que se mire, pabellones, *chalets*, construcciones pintorescas hechas por naciones extranjeras ó por casas industriales. He aquí, diseminados al pie de la torre Eiffel, los palacios de la República Argentina, de Méjico, del Brasil, de Venezuela, de Bolivia, de San Salvador; allá los palacios de los Niños, el teatro de las *Folies-Parisiennes*, el pabellón de la *Menagere* ó Ama de gobierno, la *isba* rusa, el chalet sueco... Y omito otros más curiosos.

Allá abajo, á espaldas del palacio de las Artes liberales, se encuentra el pabellón indio, el palacio de Marruecos, el *restaurant* rumano, y por encima de todo, esa deliciosa calle del Cairo, que pone en medio de París un Oriente auténtico. Y de pronto, detrás de la galería de diversas exhibiciones, al extremo de esta evocación oriental, se descubre á nuestros ojos uno de los asuntos de admiración de este inmenso concurso de cosas admirables: ese palacio de Máquinas, obra del ingeniero en jefe M. Contamin y del arquitecto Dutert.

VIII. *El palacio de Máquinas.*

Palacio inverosímil, que se creería haber salido todo él de las fraguas de Vulcano y de los Cabiros; asombrosa catedral industrial que se ofrece al mundo nuevo en una superficie de 61.335 metros; nave casi monstruosa de 410 metros de longitud, 115 de latitud y 45 de altura, en cuyo seno se podrían levantar casas de seis pisos, columnas Vandomas y columnas de Julio; salón que podría contener ejércitos humanos y en el cual resonarán brutalmente las voces del genio industrial que doma al mundo.

Cada pilar de fundación que sirve de base á arcos de hierro de 110 metros, sustenta sin doblegarse el peso de 400.000 kilogramos. ¿Se quiere saber el peso del metal empleado en esta construcción tan fenomenal como la torre Eiffel? 10.403.000 kilogramos. ¡Qué montaña de hierro no han debido vomitar los altos hornos para que se haya podido poner en pie esa mole inmensa, y sin embargo, ligera de vista! La ciencia hace á veces milagros. Esta galería de máquinas confunde la imaginación.

IX. *Las Exposiciones de los muelles.*

Antes de dejar la región del Campo de Marte, señalemos las Exposiciones de los muelles y ribazos, arriba y abajo del puente de Jena, principalmente la Exposición Fluvial y Marítima, el pabellón de los petróleos, el pabellón de la Ostreicultura, y no lejos del puente de Jena, el panorama de la Compañía Transatlántica.

Pero á la margen del río, en estos mismos parajes nos detendremos además en los 39 tipos de habitaciones humanas encuadradas por jardines, obra de M. Garnier. Allí veremos todas las existencias desde los siglos primitivos: la cabaña lacustre tendrá su lugar no lejos de la choza oceánica y del antro ahumado de los pueblos polares. Al salir de la casa gálica encontraremos la casa galo-romana; visitaremos la casa de la Edad media, el pabellón al estilo del Renacimiento, reservado al presidente de la República. Veremos de época en época modificarse la arquitectura con los hábitos, con las necesidades. Avanzando á través de las galerías del muelle de Orsay, afectas á la Exposición de agricultura, hasta la explanada de los Inválidos, veinte mil metros cuadrados sostienen construcciones metálicas. ¿Dónde estáis, Cabiros y Nibelungos? El martillo es hoy el cetro del mundo.

De paso se nos ofrecen nuevos atractivos, como ese palacio de la Gastronomía, donde están acumulados todos los tesoros de la producción alimentaria, la *csarda* húngara, los encantadores palacios de España y Portugal con su arquitectura florida de ornamentos; elegantes puentecillos permiten pasar, sin dejar el recinto de la Exposición, la avenida de Bourdonnais y el bulevar de los Inválidos. ¿Dónde estamos ahora? Esos cimborrios, esos minaretes, esas cúpulas nos anuncian la explanada.

X. *Explanada de los Inválidos. — Exposiciones coloniales.*

Pasamos por delante de la Exposición de economía social, creada por disposición ministerial del 9 de junio de 1887, y que ocupa 6.400 metros. Bajando hacia el Sena, es imposible no detenerse en la Exposición tan pintorescamente dispuesta como en un campamento atrincherado con sus murallas encespadas, por encima de las cuales resplandece al sol la cúpula de la iglesia en que reposa Napoleón. Después sigue la Exposición de higiene, la Exposición de las ambulancias civiles y militares, y en fin, la Exposición de las colonias francesas, manifestación de primera importancia.

El plano de esta Exposición, que ocupa 25.000 metros de terreno y que rebosa de curiosidades y riquezas, fué concebido por el ingeniero Tournelles y ejecutado por el arquitecto M. Sauvestre.

He aquí á la derecha el pabellón de Correos y Telégrafos, luego el inmenso palacio del Ministerio de la Guerra, precedido de una curiosa puerta de fortaleza al estilo de la Edad media; después el palacio de la Higiene y de la Asistencia pública, que no abarca menos de 10.000 metros superficiales, y el palacio de la Economía, que ocupa con sus dependencias 6.400 metros cuadrados.

A la derecha bajando hacia el Sena, vemos el Panorama *Todo Parts*, obra del pintor Castellani. Pero aquí comienza nuestra admirable Exposición colonial.

En medio de un conjunto de edificios, del más agradable efecto y del carácter más curiosamente exótico, se levanta el palacio central de las Colonias, un palacio de madera sobre un basamento de ladrillos, cubierto de tejas esmaltadas, perfilando por todas partes originales siluetas. Pero al rededor todo son palacios, templos, evocaciones de arquitecturas y civilizaciones lejanas. ¿Qué edificios son esos, tan extraños como magníficos, que se hacen enfrente del palacio central á derecha é izquierda? Son el palacio del Annam y del Tonkin y el de la Cochinchina. He aquí la pagoda de Villenour; allá la pagoda de Angkor. El arquitecto ha dibujado un parque para unir decorativamente estas diversas construcciones. El agua circula entre la vegetación, y las piraguas y *sampunes* animan los estanques. Es verdaderamente un encanto. Creeríase uno trasportado al extremo del Asia.

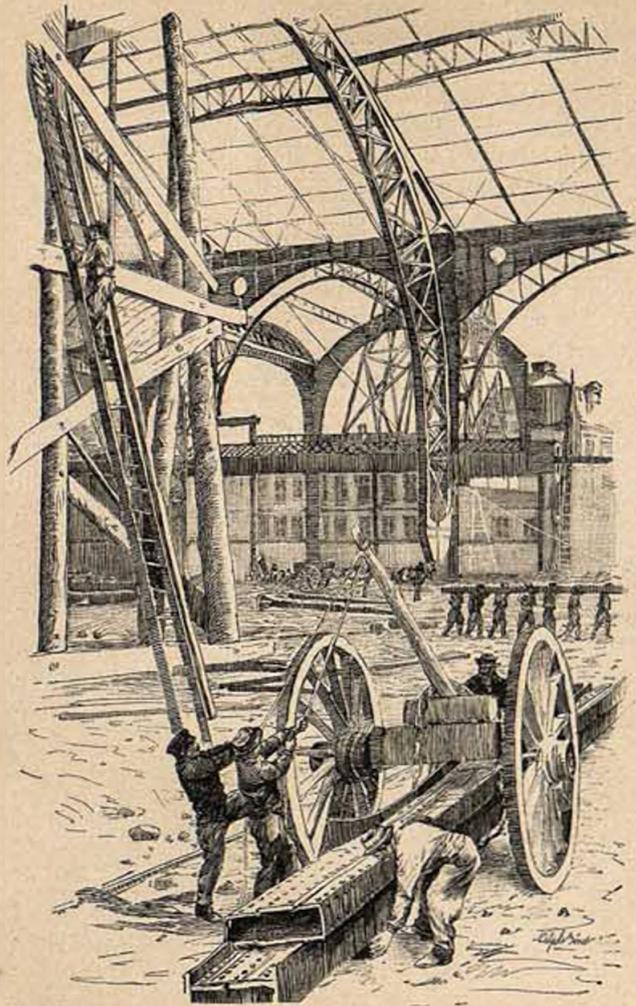
¿Podemos dar crédito á nuestros sentidos? En el gran parque colonial hay instalados diferentes villajos de Ultramar. Tenemos el caserío de Madagascar y el Kampun de Java, el restaurant anamita, el restaurant criollo, la factoría del Gabon... ¿Qué diré? La torre de Saldé nos recuerda el heroísmo de los soldados del general Faidherbe en el Senegal. ¡Qué placer visitar en seguida acercándose al ribazo el palacio tunecino, tan brillante y tan imprevisto, y este palacio argelino, ofreciendo sus blancas salientes y sus delicados perfiles á los halagos de la luz!

Dos grandes invernáculos nos presentan las más bellas y raras muestras de la flora exótica. Y á propósito ¿dónde están los jardines occidentales?

Los encontraremos en el Trocadero.

XI. *El parque del Trocadero.*

Y aquí terminaremos nuestro croquis á vista de pájaro de este triple recinto de maravillas que es la Exposición. En el Trocadero se exhibe caprichosamente la horticultura,



Construcción de la galería de las Máquinas. — Montaje de las piezas metálicas

grande y generosa. De paso hemos indicado las etapas más notables de este viaje á través del mundo; toca á otros describir como conviene todas esas riquezas, que apenas hemos hecho entrever á nuestros curiosos lectores.

PIERRON,

(Ingeniero de construc. metálicas)

ofreciendo delicioso encanto á la vista, y á toda el alma aire embalsamado y embriagador. Y continúa el espectáculo en los invernáculos cálidos y templados, donde se prodigan todos los refinamientos del cultivo floral.

En el Trocadero se ha de visitar igualmente el pabellón de Aguas y Bosques, y el de Obras públicas, uno y otro llenos de enseñanza, y dirigiremos la última mirada á la radiante sección de horticultura japonesa.

No creáis, sin embargo, que no hayamos omitido nada. ¡Ah! muy al contrario, hemos pecado gravemente y muchas veces por carta de menos. No hemos dicho una palabra de los edificios utilitarios, de los numerosos pabellones é innumerables cafés, *restaurants*, bodegas, *bars*, cafés morunos, figones húngaros, cervecerías vienesas, tabernas holandesas, etc. Pero esto no es más que la frivolidad de una manifestación



El Palacio de la República Argentina

LOS PABELLONES DE LOS NUEVOS MUNDOS

I

REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS. — HAVAI, REPÚBLICA SUD-AFRICANA,
COLONIA DEL CABO.

Las exposiciones particulares de dichos países, instaladas á todo coste en palacios grandiosos ó en preciosos pabellones, muestran toda la riqueza y el progresivo desarrollo de estos nuevos mundos.

A su cabeza figura el pabellón argentino, edificado por M. Ballu, y que, desarmado y trasportado á Buenos Aires, figurará allí en breve con el título de Palacio de las Exposiciones. Su ornamentación fastuosa y multicolor, en la que el hierro fundido y forjado está realzado con el brillo de los azulejos policromos, con el esplendor de los mosaicos y con los tornasolados reflejos de los cabujones de vidrios de colores, le da el carácter de una monstruosa joyería. Por la noche la electricidad enciende en sus cuatro fachadas novecientos puntos luminosos, y á semejanza de las piedras preciosas que destellan al ser heridas por las luces de una araña, los vidrios iluminados despiden reflejos encarnados verdes yazules de los múltiples adornos de sus calados balconajes.



El Pabellón de la República del Ecuador

La fachada principal tiene tres frontones: en el uno, esculpido por M. Hughes, está representada la República Argentina apoyada en un toro, teniendo á sus lados un labrador y un herrero; los otros dos, copias de los cartones de M. M. Barrias y Roll, están hechos de mosaico. Son de citar también los grupos exteriores en que rematan los cuatro pilares y en los que M. E. Barrias ha modelado elegantes Famas, y en el interior varios lienzos de diferentes autores.

En el centro del palacio, detrás del grupo en que M. Roulleau nos presenta una

hermosa joven de la Plata, un mapa en relieve de la República Argentina contiene datos generales interesantes; pero una visita, siquiera rápida, por sus salas, nos dará á conocer mejor las producciones del antiguo virreinato de Buenos Aires.

En la planta baja y entre profusión de muestras de maderas, se ve una mesa de cedro de 6^m,10 por 1^m,80 procedente de los bosques de la provincia de Salta; luego plantas curtientes y medicinales y en seguida la reproducción de una cámara que sirve para la conservación por medio del frío. Sábese que las carnes congeladas por los nuevos procedimientos frigoríficos se importan poco en Francia, pero Inglaterra las consume por valor de seiscientos millones de pesetas anuales. Más allá figuran vinos de Mendoza, de Santiago y de Córdoba y maíz, lino y trigo de la provincia de Santa Fe.

Por una escalera doble se sube al primer piso, y ante todo se contempla en él un ejemplo de la asombrosa rapidez con que en aquel país se desarrollan las ciudades nuevas: el plano en relieve de la Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, fundada en 1882, y que en marzo de 1884 tenía 10,000 habitantes, 20,000 en 1885 y 50,000 hoy.

A la derecha lanas, cueros y pieles, que son objeto de un comercio considerable; vellones sin lavar de carneros, muestras de lanas de la provincia de Buenos Aires, cruzamiento de las razas indígenas y de la francesa de Rambouillet; pieles enteras de toro y de caballo; cueros medio pelo, y curtidos de novillo, de buey, de cabrito y de cabra; ¿sabe el lector que hay 17 millones de bueyes y 72 millones de carneros en la República Argentina, y que, sólo á Francia, envía todos los años 19 millones de pieles de carnero?

A la izquierda, el segundo piso está ocupado por los productos industriales de la madera y del hierro, los minerales bastante pobres de aquella parte meridional de la América española, los mármoles de Córdoba, y panoplias de diferentes pieles, desde la del gato salvaje hasta la manchada del tigre.

Si al salir del Palacio argentino se pasa junto al pilar sur de la torre Eiffel, se verá próximo á él un pequeño pabellón de paredes blancas, reproducción de un templo que los incas consagraban al sol: es la exposición del Ecuador. El friso está decorado de

bajos relieves cuyos moldes se han sacado del museo etnográfico. En un instante se habrá visto el aparador central, con sus bodegas llenos de cacao, café, quina y maíz, sus cuatro escaparates elegantes y dorados conteniendo colecciones indias de armas de piedra, sombreros de paja de Toquilla y de Jipijapa que llamamos impropriadamente *panamás*, cristal de roca y hasta una cabeza de un indio adulto reducida al tamaño de una naranja grande por un procedimiento conocido solamente de algunas tribus salvajes y que deja en la cara una expresión de tranquilidad perfecta y al cráneo del decapitado toda su abundante cabellera

Al lado de esta nota fúnebre, un rótulo puesto debajo de una vista de Quito proporciona la alegre: un ecuatoriano, disgustado sin duda por el aspecto de juguete que su minúsculo pabellón tiene al lado de la torre Eiffel, ha escrito en él: «la ciudad de Quito, situada á 3.000 metros sobre el nivel del mar, es diez veces más alta que la torre Eiffel!»

Algo más allá, bajo la terraza de las Artes liberales, Bolivia y Chile, vecinas geográficas, tienen por frontera en el Campo de Marte una estrecha calle enarenada. El pabellón de Bolivia es una construcción ligera y económica, de madera y yeso, que desaparecerá con la Exposición: recuerda un poco con su pequeña escalinata de columnas salomónicas y las cuatro torrecillas adornadas que ocultan su cúpula, el Renacimiento español. A pesar de ser Bolivia una de las regiones más hermosas del globo, no se ha desarrollado como sus hermanas de la América latina, á causa sin duda de las calenturas intermitentes, de las continuas revoluciones que la han ensangrentado largo tiempo y sobre todo de la falta de comunicaciones. En toda la República no hay todavía más que treinta leguas de ferrocarriles. Nadie ignora que las minas de plata constituyen la gran riqueza del país boliviano; el cerro de Potosí, con sus tres mil pozos y sus veinte kilómetros de circuito, ha producido en tres siglos y medio más de ocho millones de plata. A continuación del pabellón central en el que están expuestas las quinas, muy ricas en alcaloides, pieles de vicuña, de chinchilla y de llama y pedazos enormes de caucho, se ha construido una galería que contiene barras de plata de las minas de Huanchaca y Colquelhaca: Huanchaca es la cantidad; Colquelhaca, la calidad.



El pabellón de Bolivia



El pabellón de Chile

y su mediana instalación no es la más á propósito para llamar la atención.

Sin embargo, desde 1878, año en que terminó su guerra con el Perú, Chile no ha tenido otros sacudimientos que los de los terremotos, y no puede negarse su prosperidad. De los setenta y tres millones de pesos á que asciende su comercio de exportación, treinta y tres proceden del salitre, trece del cobre, siete de la plata, y nueve de los cereales. Su exposición se completa con muchas muestras de vino, madera, cueros y lanas, y de una muy curiosa de papel de embalaje, fabricado con fibras de una palmera que produce también una miel excelente de la que se hace allí una bebida muy usada.

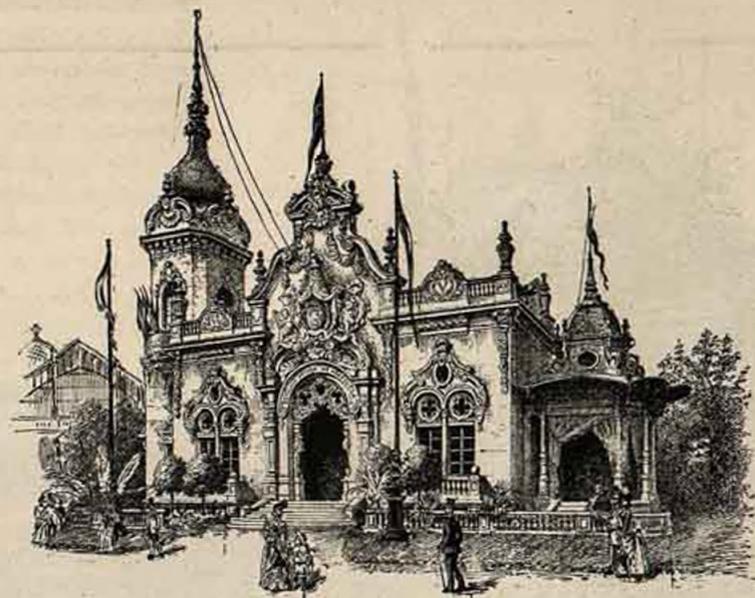
El primer piso que da acceso á dos bonitas azoteas, contiene colecciones de minerales, algunos libros relativos á Chile y medianas obras del arte nacional, sobresaliendo entre ellas el cuadro del señor Arias que representa el *Descendimiento de la Cruz* y el de P. Lira que figura á *Pedro de Valdivia designando el sitio en que ha de fundarse Santiago*.

La República oriental del Uruguay ha construído su pabellón en la avenida Suffren, enfrente de las Artes liberales, y á no ser por la bandera que en él ondea, cualquiera le tomaría por un anejo del Palacio de M. Formigé, pues sus fachadas tienen el mismo aspecto, y su tono azul y barro cocido son exactamente iguales.

Así como en la República Argentina, la ganadería es lo que constituye la riqueza del país, pero á la exportación de carnes, lanas, pieles curtidas y sin curtir, sebos y grasas,

Antes de salir de Bolivia por el túnel hecho con mineral de plata y que es la reproducción de la entrada del de Pulacayo, es de admirar, en su vitrina de ébano, el bloque de Camitillo, mineral cristalizado que contiene cerca de 50 por 100 de plata. En el país se le llama el *Sol de Colquechaca*.

La República de Chile ha construído un palacio sólido, de hierro y cemento aglomerado, espaciosa granja rectangular, de colores opacos, de una policromía sin brillo y que muy pronto debe ser transportado á Santiago, donde servirá de museo en la *Quinta normal*, especie de Jardín botánico. Desgraciadamente, parece casi vacío,



Pabellón de Venezuela

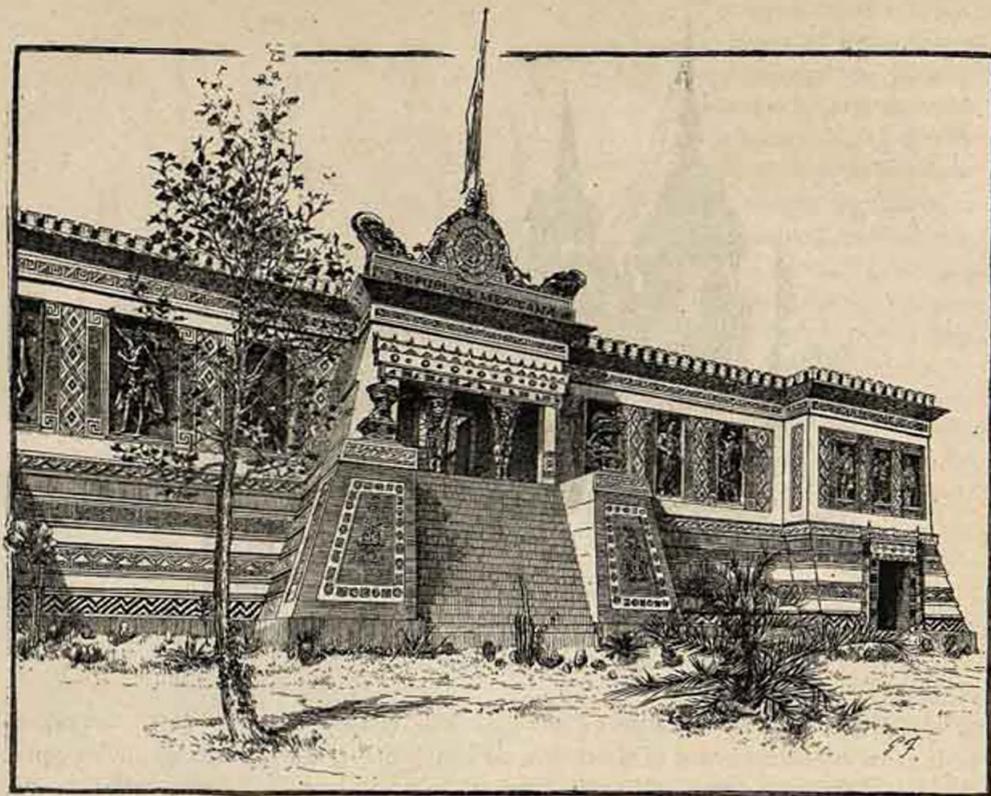
se agrega aquí la de los extractos de carne fabricados en los *saladeros*. El más importante de estos establecimientos es el saladero de Fray Bentos, sistema Liebig, cuya exposición ocupa el centro del pabellón uruguayo: allí se matan hasta mil reses diarias en cuyas faenas se ocupan seiscientas personas.

Las lanas son de una calidad notable, y los cruzamientos de las ovejas indígenas con las razas de Rambouillet, Lincoln y Negretti, han dado los mejores resultados, no siendo raro que de un solo carnero se saquen cinco libras de lana en bruto. Junto á estas muestras, algunos escaparates contienen tasajo, carne salada y secada al sol de la que la República enviaba antes grandes cantidades al Brasil y á la Habana para alimento de los negros; pero éstos, desde su emancipación, rechazan un manjar que les recuerda los malos días de su servidumbre.

El primer piso del pabellón del Uruguay, que el año entrante debe ocupar un puesto entre los monumentos de Montevideo, contiene numerosos documentos sobre instrucción pública, artes y ciencias de la República, una colección de periódicos locales y algunos cuadros, casi todos pintados por doña Urbana Samarán.

El chalet de la República del Paraguay se compone de tres pabellones que pueden desarmarse, dos en la planta baja y uno formando mirador. Su exposición consta, como las de sus hermanas mayores, de variedades de madera, cortezas curtientes, pieles, cacao y maíz, pero lo que la distinguen es el tabaco, y sobre todo el nanduty y la hierba mate. El nanduty es un encaje sumamente fino tejido por las hermosas criollas de las orillas del Panamá; la hierba mate es una especie de té muy agradable que el Paraguay exporta á toda la América del Sur.

Los Estados Unidos de Venezuela han instalado sus productos en un bonito pabellón barroco de estilo Luis XV, que descuella por su deslumbradora blancura entre las cons-



Palacio de México

trucciones sólidas y multicolores que lo rodean. Sin duda para romper esta unidad de coloración su arquitecto M. Paulin ha levantado una pequeña galería de los colores nacionales, amarillo, encarnado y azul, adosada á su pabellón y en la cual se han colocado minerales de oro del Estado de Yuruary, en donde seis compañías explotan los terrenos auríferos. De estas compañías las más ricas son las tituladas del «Callao» y del «Callao bis;» un diagrama dorado, pirámide deslumbradora, figura su producción de 1871 á 1888, ó sea 120 millones de francos.

Muy cerca de allí, varios cráneos humanos de los diferentes tipos de las tribus indias de las orillas del Orinoco guarnecen los escaparates de una salita estrecha, en la que se ve también un modelo de necrópolis neo-colombiana, un sarcófago de corteza, armas, pagayas ó remos de indios guahibos, y hasta una corona de *uñas de jaguar*.

El centro del pabellón, con sus hamacas colgadas, es agradable de ver. Allí, junto á cacao y cafés, hay maderas magníficas, azúcar de caña que parece exquisita, un plano en relieve del puerto de la Guaira, y dominándolo todo un modelo de la estatua erigida á Bolívar en el campo de batalla de Boyacá.

De todos los pabellones americanos, el de México es el único que se recomienda por su carácter francamente indígena. Don Antonio Anza, que lo ha edificado, se ha inspirado concienzudamente en los restos de la arquitectura azteca. La escalera central exterior tan empinada y los escalones tan estrechos que con dificultad se sube por ellos, re-

producen las escaleras de los antiguos templos por donde se precipitaba á las víctimas ofrecidas en holocausto á los dioses del sol y del fuego.

Construido de hierro y de palastro, con asuntos decorativos de zinc repujado, este espacioso y curioso edificio será desarmado y transportado á México. Dos puertas de entrada dan acceso á los dos pabellones laterales separados por el salón central.

En el pabellón de la izquierda hay muchos

productos de la industria mexicana, entre ellos anchos sombreros con lujosos cordones y sillas de montar de oro y plata, y además maniqués de tipos indígenas. En el pabellón de la derecha se ve una máquina para rayar cañones de fusil, un modelo de vía férrea para el transporte de buques cargados, herramientas agrícolas y mineras y una estatua elevada por la República á Miguel Hidalgo, «Padre de la Patria»

En el salón central, no muy oportunamente cortado por una escalera de doble rampa, se exhiben minerales de oro, plata y cobre, piezas de cedro de dimensiones colosales, una torre Eiffel de caoba, construida en México, en vista de una fotografía, por los operarios de una fábrica de cigarros; mármoles, cáñamo ó *ixtle* de magüey, el molde de algunos aerolitos y la reproducción del monumento elevado á Quauhtemoc, el Vercingetorix mexicano, uno de los héroes de la lucha contra Hernán Cortés.

En las galerías del contorno del primer piso hay muestras de vinos, cereales, tabacos, cueros, pieles de gamuza, algodones y muchas de ónices de colores claros. La era de los pronunciamientos que por tanto tiempo asolaron á la República, parece haber terminado en 1877 con el triunfo del general Porfirio Diaz, hoy presidente, sobre su contrincante Lerdo de Tejada. El país, reorganizado ya, tiene escuelas de toda clase, museos, gabinetes de historia natural y hasta algunos artistas que han enviado los cuadros que vemos en esta exhibición.

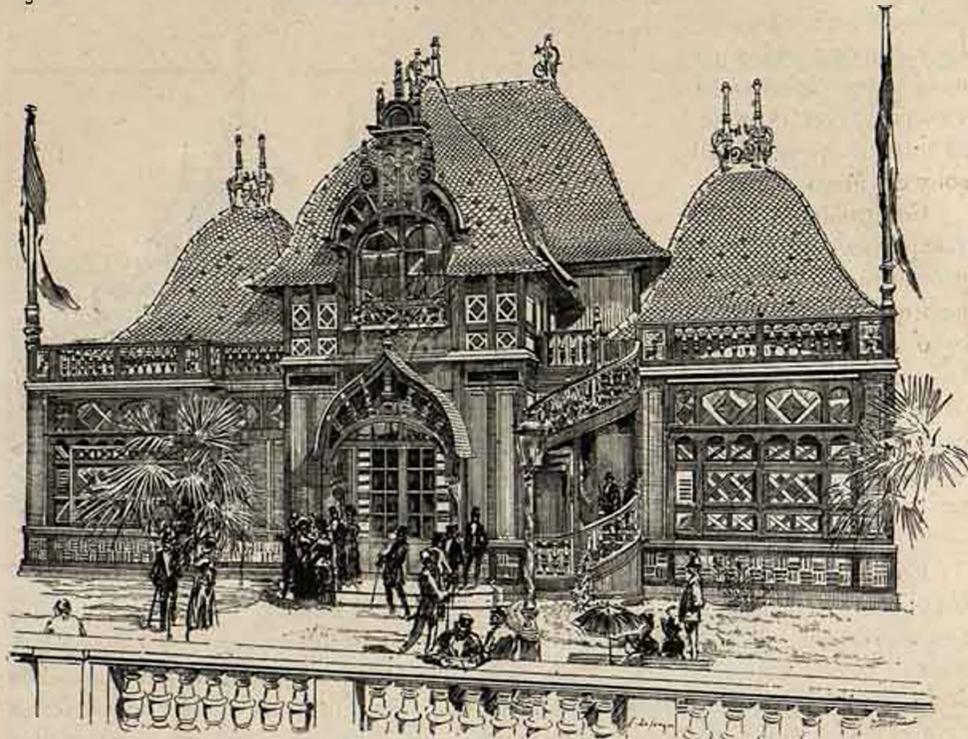
De las cinco Repúblicas de la América central, las de Nicaragua, Costa-Rica y el Salvador tienen sus pabellones alineados en la terraza de las Artes liberales.

En el elegante chalet de madera construido por M. Sauvestre, Nicaragua exhibe un plano en relieve de su canal interoceánico, que irá de Greytown en el Atlántico, á Brito, en el Pacífico, y tendrá 272 kilómetros.

El pequeño pabellón de la República del Salvador, con sus ventanas de rejas salientes y ventradas y su fachada adornada con signos de la lengua sagrada de los antiguos conquistadores de la América central, contiene modelos de los principales monumentos del Salvador, una fea cama de madera y el retrato del presidente Menéndez por P. Des-



Pabellón de Guatemala



Pabellón de Nicaragua

tez. Café, cueros, minerales, y añil, como en todas partes. Señales particulares: guitarras, mandolinas, algunas pinturas sencillas y una preciosa mesa de varias maderas incrustadas, con incrustaciones de monedas de plata, regalada á M. Carnot.

En cuanto á Costa Rica, la más pequeña de las repúblicas centrales, pero, en igualdad de proporciones, la más progresiva y poblada, no está en su terreno. El pabellón, del que sólo ocupa una sala, estaba destinado á una Sociedad francesa que debe pagar una fuerte multa por no haberlo utilizado. Allí sólo se ven algunas muestras de maderas y de café.

Alejándose de la terraza de las Artes liberales para penetrar en la calle que va á parar á la del Cairo, encuéntrase el precioso chalet de madera en el que ondea la bandera de Guatemala. Esta República, que por si sola tiene más habitantes que las otras cuatro juntas, presenta, además de los consabidos productos indígenas, como café, cacao, madera, añil, vainilla, tabaco, cochinilla y azúcar, una curiosa colección zoológica, muy rica en tapices, y arreglada como un diorama.

La exposición de Honduras consiste en dos modestos escaparates situados en el corredor que va á las Secciones extranjeras: Honduras y Haiti exponen frente á frente sus bocales llenos de los frutos odoríferos del café y del cacao.

Si Haiti no tiene más que un escaparate, Santo Domingo se aloja en un pequeño chalet cuyas tejas encarnadas brillan á la luz del sol. Es la primera vez que la República dominicana figura en una exposición, y aparte de los productos indicados ya en su vecina insular, exhibe hermosa sal gema procedente de la montaña Merba, cacao y un boceto de la estatua de Colón, fundador de Santo Domingo, por M. E. Guilbert.

Antes de salir del Campo de Marte, daremos una ojeada al pabellón de Havai para

el adorno del cual, Su Formidable Majestad el rey Kalakaua y la graciosa reina Kapiolani han tenido á bien desprenderse de algunos objetos particulares. Estos son, en primer lugar, el *kahili*, emblema de la monarquía, y luego una artesa de madera de dimensiones heroicas en la cual se prepara para el rey el manjar nacional havaiano. La reina ha prestado una «salida de baile» de plumas de aves, como no han podido imaginarla nuestras principales modistas. Finalmente, al lado de un armario monumental de madera esculpida, vemos vistas de volcanes en actividad, muchas lavas y algunas muestras de tabaco, azúcar, café, lana vegetal extraída de un helecho y harina de taro.

Pasemos sin transición inútil, á las exposiciones de los dos Estados del Sur de África, la colonia inglesa del Cabo y la República del Transvaal.

Esta última tiene un pabellón especial, construcción ligera y graciosa con sus rayas blancas y azules, sus delgadas columnitas y su galería exterior, y que es una copia de las viviendas europeas del país. La entrada está adornada con dos vigorosos jinetes, dos de esos enérgicos boers, labradores, pastores y soldados, que pelearon en 1877 con los zulús y que, después de tres meses de luchas heroicas, se emanciparon del dominio inglés en 1881. Gracias al descubrimiento de las minas de oro en 1885, la República está en plena prosperidad.

A algunos pasos de allí, el gobierno del Cabo invita á los visitantes á probar sus vinos secos ó dulces, les enseña sus lanas, sus pelos de cabras angoras de la región del Harao y plumas de avestruz.

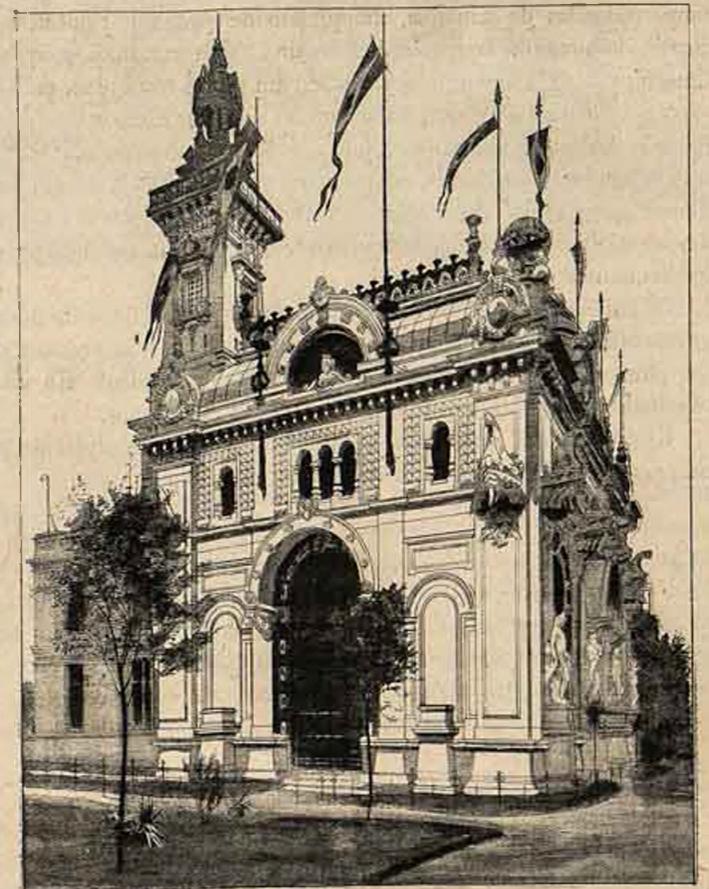
Los diamantes del Cabo ocupan un pabellón cerca de la galería de Máquinas. Allí se ha instalado un escaparate de hierro donde están amontonadas las piedras, en bruto ó labradas, una lapidería francesa de diamantes parecida á la de 1878, y una máquina de lavar la tierra diamantífera.

ALEJANDRO GEORGET

II

BRASIL

El Brasil es uno de los más hermosos países del mundo, y en especial las orillas del



Pabellón del Brasil. Entrada principal

caudaloso río de las Amazonas. Allí se ostenta la vegetación de los trópicos con toda su magnificencia y variedad. Árboles prodigiosos á los que se entrelazan enormes bejucos, y en cuyo ramaje entonan alegres cantos mil aves engalanadas con los colores de las flores y de las piedras preciosas. En el suelo, ó sobre nuestras cabezas fantásticas floraciones que rutilan en el primero ó forman caprichosas guirnaldas sobre las segundas, y hasta en la superficie del río, maravillas como la admirable *Victoria regia*, flor aterciopelada, inmensa y tan sólida que un niño se sostendría en su tallo.

¿Y Río de Janeiro? Una ciudad curiosa pero no bonita. Pobreza de monumentos verdaderamente notables; calles estrechas y mal empedradas, un palacio imperial muy feo, teatros é iglesias de mal gusto, y sobra de indios vistiendo ropas harapientas. Toda la población de Río de Janeiro parece eternamente dedicada á no hacer nada; verdad es que, según dicen los voluptuosos, la tierra es tan fecunda, que puede alimentar muy bien á sus habitantes.

Pero olvido que estamos en el Campo de Marte y no al otro lado del Atlántico. El Brasil está representado por un pabellón bastante importante, pero desprovisto de todo estilo nacional. Construído por M. Dauvergne, arquitecto parisiense, tiene, si se quiere, cierta conexión con el antiguo estilo español. Es un cuerpo de edificio con anchas ventanas rodeadas de azulejos, flanqueado de proas y estatuas que figuran los ríos del Brasil, dominado á la izquierda por una torre cuadrada muy alta que remata en una linterna y terminado á la derecha en un globo terráqueo, emblema oficial del Imperio.

En la sala de la planta baja y en las galerías de los dos pisos, adornadas de flores, hay expuestos cacao, cafés, vainilla, azúcar y cañas de azúcar, tabaco, mármoles, muestras de maderas, productos manufacturados de toda clase, algunos cuadros bastante medianos y esculturas de escolares. Los envíos agrícolas y las primeras materias exhibidas atestiguan los inmensos recursos de un suelo en que no escasea ningún tesoro, ni aun los diamantes y el oro.

El pabellón brasileño está rodeado de un jardín lleno de flores exquisitas, con lindas grutas alfombradas de plantas exóticas, y la estufa más preciosa del mundo, orgullosa de sus palmeras, plátanos gigantes y vistosas orquídeas. En un estanque, debidamente calentado, se ostenta una *Victoria regia* del Amazonas.

El nombre del Brasil nos induciría á recordar su situación política, si fuese posible ocuparse de política á la vista de una hermosa flor.

FRANCISCO D'ENVY.



RESUMEN GENERAL

Ha llegado el momento de resumir nuestras impresiones sobre el gran espectáculo á que hemos asistido, y sobre las enseñanzas que de él se desprenden. En su conjunto, la Exposición de 1889 ha sido una prodigiosa feria internacional. Ya en sus inmediaciones cautivaba la vista una extraordinaria cantidad de construcciones insólitas, análogas á los barracones de una feria, pero todas ellas de silueta gótica ú oriental. Aquí la torre de Nesle, allí la del Temple; más allá el Chatelet, en otra parte la Bastilla, el panorama de Juana d'Arc á modo de fortaleza, el pabellón de los Congoleses, de hechura de mezquita. Esta arqueología, de restituciones fantásticas, este exotismo de pacotilla tenían en el fondo una significación para el observador; atestiguaban el notable cambio sobrevenido en el gusto de nuestro pueblo, emancipado por fin de las influencias clásicas y buscando lo pintoresco á toda costa.

Si se entraba en el Campo de Marte, en la Explanada ó en el parque del Trocadero, al punto resonaban por todas partes alegres músicas: ya era una orquesta de tziganos, vestidos de encarnado ó azul llenos de alamares; ya una orquesta rumana, cuyos músicos llevaban blusas blancas con galones negros; ora una serbia toda de blanco; ó guitarristas españoles vestidos de estudiantes del siglo xvii, ó damas rusas tocando polkas ó vienas rascando valsos. De los innumerables cafés orientales salían redobles de tamboril ó agrios sonidos de cuernos, salvaje acompañamiento de las danzas africanas: en otros puntos vociferaban cantantes de café concierto. Todas las tardes, cuatro bandas militares instaladas en los kioscos hacían oír sus tocatas por encima de todos los ruidos. Cuando se avanzaba por las galerías industriales, llegaba á veces hasta nosotros la voz de un órgano de catedral, interpolada con algún campaneó que producía una especie de sensación religiosa, ó con los martillazos de una contradanza tocada en el piano. Por doquiera contrastes violentos hasta la barbarie, pero una vida intensa, exuberante, difundida, repercutida, multiplicada por sí misma.

La misma diversidad é incoherente hornigueo se advertía en los tipos y en los trajes. El mujik ruso, de túnica azul ceñida á la cintura, se cruzaba en el caucásico de capotón de paño gris azulado, adornado de una doble canana cosida al biés sobre el pecho, y cubierto con un pequeño kolbach. Amarillentos chinos, de ojos oblicuos y cabellos recogidos en una sola y larga trenza, se paseaban con su túnica negra ó azul oscuro, con el paraguas debajo del brazo, y miraban sonriendo á los annamitas de rostro aplastado, á los egipcios, alquiladores de asnos, á los árabes cubiertos con su albornoz, y á los tunecinos llenos de bordados. Veíanse hombres de todo tipo y de toda estatura, vestidos como nosotros y en los cuales conocíamos desde luego á los ingleses, alemanes, españoles, noruegos é italianos. Por el camino, percibíamos sílabas de todos los idiomas. Aquella gente extraordinariamente abigarrada, venida de las cuatro partes del mundo, demostraba un buen humor comunicativo. En ninguna Exposición universal se había visto tan alegres á los visitantes.

Y es que el principal carácter que ha distinguido á la Exposición de 1889 ha sido el popular. Verdad es que tampoco se ha cifrado jamás tanto cuidado en proporcionar su placer al pueblo. Por él se ha dejado abierto todas las noches hasta las once el triple re-

cinto; por él se ha establecido ese inolvidable alumbrado cotidiano de los parques y de las galerías que formará época en la historia de la electricidad; por él se organizaban fiestas con despilfarros de proyecciones eléctricas que caían de lo alto de la torre Eiffel y fuegos artificiales en el Sena; por él se hacían flamear las fuentes como bolas de ponche todas las noches; y por él se prodigaron en todas partes los puestos de vendedores de víveres baratos. Los ricos y los extranjeros invadían los restaurants al anochecer; pero la humilde muchedumbre de parisienses y provincianos y los modestos ciudadanos se sentaban alrededor de las fuentes, al borde de los plantíos para comer tranquilamente un panecillo y un embutido cualquiera.

Ocupándonos ahora de la Exposición desde otro punto de vista, conviene advertir que marca la fecha de nuestra completa emancipación estética: el despegue á los gustos impuestos antes por otras naciones ha sido evidente, y principalmente en la arquitectura se ha revelado de un modo ostensible: cada cosa estaba en su sitio normal; los materiales se ostentaban por sí mismos á nuestra vista, y por su yuxtaposición muy franca, en cuadros muy aparentes, siguiendo líneas claramente definidas, contribuían al hermoso aspecto de los edificios. Además los colores escogidos por lo general eran claros y transparentes, brillantes y no chillones, hechos para armonizar entre sí en una vasta unidad. En fin, si se consideraba la ornamentación por el detalle, veíase en muchos puntos, entre no pocas trivialidades, una tendencia muy marcada á caracterizar una industria ó una provincia, no con vagos atributos, sino con asuntos sacados de las producciones de esta provincia ó de las herramientas y productos de esta industria.

No tengo para qué ocuparme nuevamente de la pintura. A pesar de las indecisiones, su marcha de avance es general. Por lo que respecta á la escultura, está ya emancipada en cuanto técnica, pero aun le falta la noción clara de lo que puede expresar. Relativamente á la música y la literatura, la Exposición no nos ha enseñado nada: sólo hemos tenido conciertos destinados á que se lucieran algunas orquestas, y conferencias aisladas, sin plan común, lo cual es sensible, porque hubiera sido muy fácil dar al público reseñas cíclicas sobre todas nuestras artes de cien años acá.

Por lo que hace á las grandes industrias propiamente dichas, la Exposición de 1889 nos ha demostrado su temible potencia. ¡Se necesita tanto hierro, tanto cobre, y tantos metales de todas clases para las obras públicas, para las construcciones nuevas, en que el metal desempeña siempre un papel importante y á las veces preponderante! ¡Es menester tanta hulla para preparar los trabajos metalúrgicos! No sé si las industrias extractivas están uniformemente prósperas, pero su actividad salta á la vista. Por otra parte, la mecánica ha suprimido las pequeñas industrias domésticas: todo se hace hoy con máquina, el tejido de los lienzos lo mismo que el de los paños. En la Galería de máquinas sólo hemos visto aparatos y herramientas perfeccionadas.

Las artes decorativas obedecen hoy á los gustos de refinamiento, racionales ó instintivos, que predominan. Los ricos exigen objetos de mucho valor, raros ó quizás únicos: los humildes piden por lo menos la hermosa apariencia unida á la baratura.

Hace cinco ó seis años era cosa corriente el asegurar que, á partir de 1889, quedaría cerrada la era de esas Exposiciones grandiosas que, en algunas hectáreas de terreno y en ciertas épocas marcadas de antemano, concentran y hacen resaltar los esfuerzos de la civilización universal. No; todavía no está cerrada la era de las manifestaciones merced á las cuales los hombres se aproximan, los pueblos aprenden á conocerse y las situaciones se despejan. Al mismo tiempo que los ricos hacen circular sus doblones, y que los

pobres se regalan con las migajas de los festines, los sabios se reúnen en útiles congresos; se analizan las razones de las cosas y todas las banderas ondean juntas al soplo de las brisas de la paz.

Tal vez exija el lector, antes de terminar, algunos datos estadísticos. Para ello sólo tenemos que consultar los que nos proporciona la policía. Desde el 1.º de mayo hasta el 1.º de noviembre han llegado á París cinco millones de provincianos y millón y medio de extranjeros, distribuidos, según su nacionalidad, del modo siguiente: 225,000 belgas; 38,000 ingleses; 160,000 alemanes; 56,000 españoles; 38,000 italianos; 7,000 rusos; 2,500 suecos y noruegos; 5,000 griegos, rumanos y turcos; 32,000 austriacos; 3,500 portugueses; 12,000 africanos; 8,200 asiáticos; 3,000 oceánicos; 90,000 americanos del Norte y 25,000 americanos del Sur. De los registros oficiales de la Exposición resulta que desde el 6 de mayo hasta el 6 de noviembre hubo veinticinco millones de entradas de pago, lo que deja muy atrás los productos obtenidos en 1867 y 1878. En especial durante los últimos días la afluencia y el movimiento de visitantes excedieron á todo lo imaginable. Añadamos por último que, á pesar del desinterés y de la holgura con que se ha llevado á cabo esta obra, el balance se cierra con un beneficio de unos ocho millones de francos, y que, según cálculos proporcionados, nuestros huéspedes de todos los climas han traído á París, durante este glorioso semestre, mil doscientos cincuenta millones de francos.



INDICE

	Páginas		Páginas
INTRODUCCIÓN	1	El teatro annamita	277
París	5	Los alrededores de la Exposición	285
Las Exposiciones universales	9, 37	Fuentes luminosas	291
Los últimos trabajos	17	La agricultura y la viticultura	305
El arte contemporáneo	20	La exposición fluvial y marítima	321
El progreso	27	Los trenes de recreo	329
La manufactura de los Gobelinos	32, 59	El palacio indio	335
La torre Eiffel	45, 233	La orfebrería	341
Un paseo al panorama trasatlántico	53	Fachadas de las secciones extranjeras	351
La calle del Cairo	65, 123	La relojería suiza	359
Historia de la Habitación	70	La horticultura	365
Jardines y fuentes	78	El café moruno	373
El caserío javanés	87	El ferrocarril Decauville	381
Las 44 habitaciones humanas	97	Historia retrospectiva del trabajo	399
La Exposición en la hora del concierto	108	El villajo tonquinés	415
Kábilas y árabes	111	Las músicas pintorescas en el Trocadero	423
La noche en la Exposición	119	Marruecos	431
Pabellón de Mónaco en la Exposición	128	La Sociedad filantrópica	437
Decorado de la Exposición universal	133	La Sección rumana y el restaurant rumano	453
Túnez	138	El palacio de la Higiene	457
La horticultura japonesa	147	El villajo senegalés	462
Los manjares exóticos	151	La fábrica de Sèvres	471
La czarda húngara	155	El palacio central de las Colonias	484
El pabellón de aguas y bosques	158	El palacio de Cochinchina	489
De Amsterdám á Java	161	La Exposición de economía social	492
El pabellón gastronómico	166	Paseo por las secciones extranjeras	495
El palacio argelino	169	Las casitas escandinavas	509
El palacio de las máquinas	177	Los pabellones de los nuevos mundos	512
La evolución del teatro	185	Paseo por las secciones orientales	523
Las fiestas populares en la Exposición	195	La exposición de Bellas artes	535
El lugarejo canaco	202	La Cerámica en la Exposición	553
Las tropas coloniales en la Exposición	209	Plateros y joyeros.—Encajes y bordados	556
El mosaico	217	La exposición retrospectiva del arte fran- cés	558
El dombo central y la galería de treinta me- tros	225	El Mueblaje en la Exposición	559
Los aisa-uas	243	La Mecánica en la Exposición	561
Exposición centenaria del arte francés	249, 312, 390, 443, 543	La Electricidad	563
Exposición del Ministerio de la Guerra	257, 297	La música en los cafés	567
Los pabellones de la ciudad de París	265	Exposición de socorros á los heridos	569
Vista del templo de Angkor	274	El pabellón pabuino	571
		Resumen general	573